

## Trabajo de Fin de Grado

# El fenómeno de la piratería moderna en el Atlántico

Autor:

Dan Pérez Arroyo

Director:

Jesús Gascón Pérez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS. GRADO EN HISTORIA

Año académico 2020/2021

## Índice

### Introducción

1. Contextualización y marco histórico internacional
2. El fenómeno de la piratería americana
  - 2.1. Definición y conceptualización
  - 2.2. Piratas, Corsarios, Bucaneros y Filibusteros
  - 2.3. Periodización y fases
  - 2.4. Causas del auge de la piratería en el Atlántico
3. El mito del pirata: los Hermanos de la Costa en el relato de Alexandre O. Exquemelin

### Conclusión

### Bibliografía

## Introducción

El presente trabajo analiza la «edad dorada» de la piratería americana y el auge que esta experimenta entre los siglos XVI y XVIII. A través de un sintético recorrido por su historia, se busca ofrecer un retrato fidedigno y preciso del pirata, que, alejado de la concepción idealizada y romántica que a menudo lo acompaña, permita acercarse al estudio del mismo como figura histórica. Uno de los objetivos que se persiguen será, por tanto, la desmitificación de la imagen del pirata y la búsqueda de la verdad que se esconde tras su idealización. Asimismo, en este trabajo se pretende mostrar que la piratería americana no fue un fenómeno aislado, sino un producto inseparable del contexto que la produce, y al mismo tiempo, destacar el gran impacto que esta tuvo en el devenir de los siglos modernos. En este empeño, se explicará y analizará el marco histórico de la piratería, las causas de su aparición y las razones que explican su apogeo. Se realizará también una tipología y definición del impreciso concepto de pirata, así como una periodización que permita situar a sus protagonistas en un marco temporal diferenciado y que conecte con los principales procesos históricos europeos. Finalmente, se tratará el caso concreto de una sociedad pirata que representa los estereotipos del pirata caribeño: los Hermanos de la Costa, con apoyo en el relato de Alexandre O. Exquemelin.

La elección del tema del trabajo y su motivación responde a un interés personal, primero, en la historia marítima en general y segundo, a una inclinación propia hacia la época de exploración y descubrimientos que acompañan a los siglos modernos. Teniendo esto en cuenta, no es de extrañar que la cuestión de la piratería americana, fascinante y seductora en sí misma, fuese una de mis primeras opciones a la hora de elegir un tema para mi trabajo. Sin embargo, pese a tener clara la cuestión general que quería tratar, no estaba seguro del enfoque que iba a darle a mi investigación; pronto se hizo evidente que un análisis completo del fenómeno pirático era una tarea que superaba con creces los límites establecidos para la tarea, por lo que decidí ceñirme a los siglos modernos en el área atlántica. Por ello, habiendo delimitado mi trabajo y decidido su enfoque, resolví hacer un sinóptico recorrido por la historia de la piratería americana con el propósito de precisar la difusa y estereotipada imagen que en un principio tenía de la misma, lo cual, debo admitir, me ha llevado a poner en duda muchas de las ideas e impresiones que me habían atraído al estudio del pirata en un primer momento.

Acerca de la piratería americana moderna y su historia se han escrito en años recientes multitud de obras que se inscriben dentro de una misma panorámica, cuyo objetivo -compartido por este trabajo- es arrojar algo de luz sobre el impreciso fenómeno del bandidaje marítimo, así como distanciar el estudio de esta parte de nuestra historia naval de la imagen pintoresca que han consolidado la literatura, el cine e incluso determinada historiografía interesada. En esta línea podemos destacar investigaciones actuales como las de Manuel Lucena, Jean-Pierre Moreau, Martha Jarmy o Markus Rediker, que buscan caracterizar a los protagonistas de la piratería americana de forma rigurosa, y sobre todo representarlos como producto de un contexto histórico determinado, así como destacan el peso de la piratería en los principales procesos

modernos. Bajo esta forma de encarar y estudiar el fenómeno pirático se insertará el presente trabajo, que pretenderá rastrear aquellos elementos de la piratería susceptibles de análisis histórico y separarlos de aquellos que conciernen a la novela, el mito y la leyenda.

A lo largo de mi modesta investigación, advertí que existe cierto estigma en torno al estudio de la piratería; debido tal vez a su idealización romántica por las novelas de los siglos XVIII y XIX, o los tópicos transmitidos por el cine más reciente, presentes en el imaginario popular; o puede que por la escasez de fuentes para su estudio, que lo privan del rigor que tienen otros fenómenos históricos mejor acreditados. En cualquier caso, a lo largo de este trabajo he querido acercarme, en la medida de lo posible, a aquellos aspectos de la historia de la piratería americana que pueden ser objeto de estudio histórico, siempre en relación con el marco de la Europa moderna y al margen de la concepción idealizada e imprecisa que desafortunada y frecuentemente la acompaña.

Las dificultades que he encontrado para la confección del presente trabajo no han sido pocas, y a menudo han estado relacionadas con esa escasez de documentación de la que hablaba. Esto dificulta conocer la historia de los piratas, la cual cuenta con pocos testimonios escritos o textos que acrediten nuestras suposiciones, así como son frecuentes las fuentes dudosas, debido a que hay una gran cantidad de detalles que se mezclan con el mito y la leyenda, dificultando la tarea de distinguir aquello real o con un valor histórico. Los protagonistas de esta historia tampoco fueron, por razones obvias, especialmente propensos a registrar o dejar constancia de sus actividades. Todo ello provoca la necesidad de recurrir a la arqueología, e incluso gracias a los aportes de esta, tan solo es posible la composición de «un cuadro sinóptico»<sup>1</sup>. En definitiva, como bien dice Lucena Salmoral, se trata de «una historia con pocos documentos, pero con abundante literatura»<sup>2</sup>. Por otro lado, son muchos los libros sobre piratería que no hacen una buena criba de sus fuentes ni se preocupan por transmitir una imagen precisa o rigurosa de lo que cuentan, basándose más en las leyendas e historias de piratas que en fuentes bien documentadas. También ha resultado compleja la tarea de definir al pirata, pues este es un término muy general que cataloga bajo una misma interpretación a figuras de muy diversa índole cuya singularidad se resiste a tal denominación, como es el caso de los corsarios.

Afortunadamente, he contado con una serie de magníficos trabajos e investigaciones que me han permitido solventar estos problemas. En mi investigación, me he valido principalmente de ejemplares presentes en la Biblioteca de Aragón, la Biblioteca María Moliner, y los catálogos de recursos electrónicos de Alcorze y Dialnet, cuyo análisis e interpretación han sido la base metodológica utilizada para la confección del presente trabajo. Si bien he utilizado muchas y variadas obras para la tarea de investigación y documentación, han sido tres fuentes indispensables las que quiero destacar: en primer lugar, *Piratas, corsarios, bucaneros y filibusteros*, de Manuel Lucena Salmoral, una obra actualizada que con redacción clara, no solo sintetiza la historia americana de la

---

<sup>1</sup> GOSSE (2017), p. 9.

<sup>2</sup> LUCENA (2005), p. 42.

piratería moderna, sino que hace una aproximación a los aspectos más concretos de la vida pirata, sus costumbres e ideales, permitiendo comprender la idiosincrasia de sus protagonistas sin caer en ningún momento en los estereotipos o prejuicios habituales. En segundo lugar, ha resultado imprescindible *Historia de la piratería* de Philip Gosse, que en un recorrido más amplio, describe los principales escenarios del fenómeno pirático a nivel global, y expone las condiciones sociales, políticas y geográficas que explican el advenimiento del mismo. Además de ello retrata a algunos de los más célebres piratas de la historia, dotándoles de un contexto que permite comprender sus actos. Por último, el excepcional relato autobiográfico de Exquemelin, *Piratas de la América*, cuyas detalladas descripciones y testimonio directo de la piratería caribeña del siglo XVII han sido vitales para componer este trabajo. También merecerían notoria mención obras como *Los piratas del Nuevo Mundo*, de Rafael Abella, de carácter divulgativo pero no por ello menos valioso, o, en clave más interpretativa que expositiva, *Villains of all Nations*, de Marcus Rediker, entre muchas otras que aparecerán en la bibliografía.

## 1. Contextualización y marco histórico internacional

La piratería atlántica es un fenómeno íntimamente ligado a los principales procesos modernos, los cuales permiten explicar tanto su aparición en el siglo XVI como su apogeo entre los siglos XVII y XVIII. Por tanto, resultaría un despropósito comenzar mi análisis sobre la piratería americana sin hablar antes del marco histórico en que se desarrolla y los procesos clave que atraviesan el periodo.

La Edad Moderna se inicia con una serie de descubrimientos y procesos de colonización y explotación que determinaron el devenir histórico de los siguientes siglos. Estos descubrimientos, destacando el caso americano, no fueron fruto de la casualidad ni la providencia, sino que estuvieron motivados por la búsqueda de nuevas rutas y relaciones mercantiles -a razón del bloqueo marítimo musulmán en el Mediterráneo- y respaldados por un acopio de innovaciones tecnológicas, así como por una acreditada tradición marinera en los reinos del suroeste europeo.<sup>3</sup> En estos esfuerzos fueron pioneros el Reino de Portugal y la Corona Hispánica, pero pronto serían imitados por el resto de potencias europeas, las cuales darían lugar a un proceso de internacionalización y mundialización, en el que estos incipientes Estados Modernos extendieron su poder e influencia por el globo, creando una red mundial que ponía fin al aislamiento anterior y que permite hablar de una historia global, cada vez más homogénea, y -pese a las claras desigualdades- compartida.<sup>4</sup>

Así, el descubrimiento del Nuevo Mundo en 1492 supuso el comienzo de una época de cambios y transformaciones, pero también de oportunidades, que serían aprovechadas por las crecientes potencias europeas en sus empeños expansionistas y centralizadores. Ello permitió sentar las bases de un incipiente desarrollo capitalista, a través de la creación de una «economía-mundo» que condujo a la Europa occidental a un notable progreso económico, cultural y político, convirtiéndose así en el *centro* del

---

<sup>3</sup> MALAMUD (2005), pp. 33-35.

<sup>4</sup> MCNEILL Y MCNEILL (2004), p. 173.

mundo gracias a la explotación de los nuevos territorios y sus recursos.<sup>5</sup> Dentro de este fenómeno, habría que destacar las excepcionales remesas de oro y plata que, provenientes de América, se introdujeron -a través de España- en los mercados europeos y generaron una insólita liquidez que intensificó el desarrollo del comercio intercontinental.<sup>6</sup> En definitiva, gracias a los descubrimientos y la colonización se alcanzó un gran desarrollo mercantil, un hecho decisivo en el proceso histórico europeo en torno al cual se estructuran el resto de transformaciones políticas y culturales.<sup>7</sup> Asistimos pues, desde finales del siglo XV, a la mundialización tanto de la historia como de la economía.

América se convertía así en un gran motor económico, fuente de riquezas, bienes y recursos, cuyo control y disposición se convirtió rápidamente en una fuente de discordia entre las potencias europeas. Gracias a una bula promulgada por el papa Alejandro VI, fue reconocida la exclusividad de España y Portugal, quedando vetado el acceso americano -y sus riquezas- al resto de europeos.<sup>8</sup> Naturalmente, este monopolio no fue visto con buenos ojos por sus principales competidores, Francia e Inglaterra, cuyos monarcas no reconocieron el reparto americano, interviniendo en América al margen de la bula papal para romper las excluyentes barreras mercantiles mediante el contrabando y a menudo valiéndose de corsarios y otros piratas para hostigar el tránsito comercial español en el Atlántico.

Además de la pugna colonial, en cierto modo velada o indirecta, fueron una constante las guerras y tensiones en el propio continente europeo entre las naciones más poderosas: España, Portugal, Francia, Inglaterra y Holanda, destacando los conflictos confesionales, los cuales desembocarían en verdaderas guerras de religión que fragmentarían el continente.<sup>9</sup> Se trata pues de un periodo en el que proliferan las rivalidades y los conflictos bélicos -tanto internos como externos- como los conflictos en el Sacro Imperio Germánico tras la Reforma protestante, las guerras de religión que tuvieron lugar en Francia entre 1562 y 1598, la guerra de los Treinta Años (1618-1648), las Frondas (1648-1653), la Revolución Gloriosa (1688), la crisis de 1640 en la Monarquía Hispánica, la rebelión de los Países Bajos (1566-1648), o la Guerra de Sucesión en España (1701-1713). A este clima bélico y conflictivo habría que sumarle las catástrofes epidémicas del desafortunado siglo XVII y las terribles hambrunas provocadas por la crisis climática, dando lugar a graves crisis demográficas y a un ambiente de inestabilidad, inseguridad y adversidad.<sup>10</sup>

En general, los siglos modernos ofrecen un panorama internacional a menudo hostil y en tensión, con difíciles relaciones entre potencias, frecuentes guerras y precarias paces. Esta coyuntura de inestabilidad social y continuos conflictos fue uno de los factores que, como explicaré, favoreció la aparición de piratas y corsarios, oportunistas y

---

<sup>5</sup> WALLERSTEIN (2016), pp. 347-356.

<sup>6</sup> CIPOLLA (1999), pp. 6-26.

<sup>7</sup> YUN CASALILLA (2019), pp. 93-95.

<sup>8</sup> FLORISTÁN (2018), p. 37.

<sup>9</sup> TENENTI (2011), p. 70.

<sup>10</sup> PARKER (2013), pp. 78-92.

mercenarios que se lucrarán de las rivalidades entre naciones y sus debilidades: robando, sabotando rutas marítimas y atacando colonias, alterando notablemente el comercio internacional y participando indirectamente de los principales conflictos europeos.

Paralelamente tiene lugar el proceso de construcción de los Estados Modernos en las potencias protagonistas, que responde a todo ese impulso colonial y mercantil, en el que los monarcas buscan consolidar y centralizar el poder regio en detrimento de las antiguas elites feudales con el apoyo de las emergentes clases ligadas a dicho fenómeno mercantil y protoindustrial. Se extiende, con la excepción del caso inglés -que da origen a una monarquía parlamentaria- la formación de monarquías absolutas de tendencia autocrática por toda Europa, al tiempo que se afianzan los grandes imperios coloniales como el español.<sup>11</sup>

Todos estos procesos representan la dicotomía de la modernidad, que por un lado se presenta como una época de prosperidad y desarrollo, de colonización, de florecimiento de los grandes imperios, de innovaciones y descubrimientos, pero que al mismo tiempo corresponde a un momento de guerra, inseguridad, epidemias y hambre. Se trata de un contexto complejo y convulso, que favorece y establece las condiciones necesarias para que, desde las primeras décadas del siglo XVI, podamos hablar de un fenómeno pirático en auge que se extiende a lo largo de los tres largos siglos que componen la Edad Moderna.

## 2. El fenómeno de la piratería americana

La piratería es una forma de bandolerismo marítimo tan antigua como la propia humanidad, y que se remonta a los orígenes de la navegación y el comercio por mar. Siempre han existido, en todo tiempo, sociedad y en todo mar, individuos oportunistas que han buscado lucrarse mediante el robo de mercancías y riquezas<sup>12</sup>. El término pirata, como veremos, tiende a generalizar toda una serie de figuras singulares como los bucaneros, filibusteros o corsarios, sin ser capaz de dar cuenta ni de la idiosincrasia ni de la realidad histórica de cada una de ellas. Sin embargo, estos salteadores de mar, independientemente del marco histórico en el que se muevan y de sus características originales, tienen en común la oposición al orden público y al sistema, el desafío a cualquier tipo de jurisdicción o legalidad, y la búsqueda de riquezas al margen de toda consideración moral o legal.

Podemos encontrar muchos y bien documentados ejemplos de este bandidaje marítimo desde la Antigüedad, como es el caso de los piratas cilicios que asolaban las costas del Mediterráneo durante el consulado de Cneo Pompeyo alrededor del 67 a. C. También a lo largo del Medievo, destacando las incursiones vikingas a Inglaterra desde el año 793, y que más tarde se extenderían al continente, atacando innumerables puertos y ciudades de la costa atlántica, una práctica que fue continuada por otros piratas

---

<sup>11</sup> TENENTI (2011), pp. 280-301.

<sup>12</sup> GOSSE (2017), pp. 19-27.

escandinavos en la Baja Edad Media, convirtiéndose en una fuente de problemas para la Liga Hanseática<sup>13</sup>. Podríamos nombrar muchos otros, como el afamado Barbarroja y sus corsarios berberiscos, los piratas jacobinos, o los corsarios isabelinos, pero lo que me interesa resaltar es que la piratería americana no es un episodio inédito, sino tan solo una fase más en la larga historia de este fenómeno. Sin embargo, debido a la unicidad del contexto en que se desarrolla, la piratería americana presenta unas características singulares y cobra una importancia y una popularidad que hasta el momento no había tenido ningún otro episodio de su historia. Este es uno de los objetivos que se persiguen en el presente trabajo: mostrar que el pirata americano es un producto de su contexto, al margen del cual no puede ser entendido ni estudiado.

Así pues, la piratería constituye un fenómeno global y aplicable a cualquier época y sociedad, estando íntimamente relacionado con el desarrollo de la navegación, el comercio y el crecimiento del poder de las civilizaciones,<sup>14</sup> apareciendo con especial fuerza en los momentos de mayor desarrollo de los imperios y las naciones, como es el caso que nos ocupa. La piratería americana, mejor representada por la piratería caribeña -aunque no limitada a ella- experimenta un momento de apogeo, conocido como la edad dorada de la piratería entre los años 1620 y 1795, aunque se inicia antes de los ataques del corsario francés Juan Florín en 1521, tras el inicio de la primera guerra entre Carlos I y Francia.<sup>15</sup> El descubrimiento del Nuevo Mundo en 1492, sus riquezas y las oportunidades que este ofrecía, impulsaron como nunca antes la llegada de estos forajidos de mar en un fenómeno sin precedentes, nutriéndose tanto de la gran emigración que llegaba del empobrecido Viejo Continente, como de la promesa de las riquezas que portaban las poco defendidas flotas y poseían las colonias españolas. Gracias a la fortuna que podía obtenerse de la rica América, la piratería se disparó, pasando de ser una actividad relativamente minoritaria y no lucrativa en exceso, a movilizar a una gran cantidad de individuos que se echaron a la mar con la expectativa de cambiar su suerte gracias a las fortunas que se transportaban por el Atlántico.<sup>16</sup>

Tal fue el impacto del fenómeno pirático americano, que sus actos quedarían grabados en las mentes de la época en una combinación de fascinación y miedo. Incluso a día de hoy, cuando se piensa en piratas, la primera imagen que suele acudir a la mente es la del estereotipado pirata caribeño, con todos los tópicos que lo acompañan, transmitido por novelas románticas como las de Rafael Sabatini -que también serían llevadas al cine- *La taza de oro*, de Steinbeck, *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson, *El corsario rojo*, de James Fenimore Cooper, *El corsario negro*, de Emilio Salgari, o más recientemente, la saga cinematográfica de *Piratas del Caribe*, que hasta en su propio título reproduce el tópico. Es a lo largo de esta edad dorada de la piratería cuando se comienza a construir la representación mítica e idealizada del pirata, que se convertirá en una suerte de símbolo distintivo de la época, exaltada por las leyendas y la

---

<sup>13</sup> GOSSE (2017), pp. 19- 145.

<sup>14</sup> ABELLA (1989), pp. 12-15.

<sup>15</sup> LUCENA (2005), pp. 45-46.

<sup>16</sup> REDIKER (2012), pp. 35-39.



literatura, que, sin embargo, como pretendo mostrar, se aleja bastante de la realidad histórica que se investiga en este trabajo.

Al margen de la idealización literaria y el imaginario del pirata, resulta innegable el gran impacto que tuvo el fenómeno pirático en los procesos históricos modernos, debido a su peso y participación en las relaciones internacionales, pero sobre todo a causa de los estragos que provocaron en las redes comerciales, claves en el sistema económico emergente mercantilista, haciendo entrar en crisis a lo que fue la base del desarrollo occidental<sup>17</sup> y obligando a los grandes imperios coloniales, como el español, a crear legislaciones exclusivamente pensadas para defenderse de piratas y corsarios, además de destinar ingentes cantidades de dinero, hombres y recursos a la protección de sus rutas y colonias por las actividades de los mismos.<sup>18</sup>

A la investigación de tal fenómeno, que ha marcado tanto la mentalidad popular como la propia historia, se dedicarán los siguientes epígrafes, en los que se buscará la realidad escondida tras el mito del pirata, analizando en un recorrido general el concepto moderno de pirata, la relación del fenómeno con su contexto histórico, los factores que favorecieron su auge y la tipología del pirata. Además, trataré un caso concreto y bien documentado que, creo, ilustra a la perfección el fenómeno pirático americano: la confederación de los Hermanos de la Costa<sup>19</sup> y su código pirata. En definitiva: un estudio de las principales cuestiones que caracterizaron a este viejo oficio en un mundo nuevo.

## 2.1. Definición y conceptualización

Antes de comenzar a hablar sobre el fenómeno que nos ocupa, se hace preciso conceptualizar la figura del pirata y dotarla de una definición. Como adelantábamos, de forma general se entiende que un pirata es aquel bandido o delincuente que se dedica al saqueo y al robo en el mar, un fuera de la ley y un enemigo del orden que se lucra de las riquezas y propiedades de otros sin atenerse a ningún marco legal o moral. Sin embargo, dependiendo del autor, y de la óptica desde la que haga su análisis, podemos encontrar diversas definiciones:

Los autores de *Piratería en el Caribe*, Helena Ruiz y Francisco Morales, proponen la siguiente acepción: «pirata es quien emprende en el mar una expedición armada sin autorización de un Estado». Por tanto consideran como piratería «todo acto de violencia realizado en alta mar contra la propiedad o contra las personas y dirigido indistintamente contra uno u otro de los países por una nave que se ha colocado fuera de la jurisdicción de todo Estado perteneciente a la comunidad internacional»<sup>20</sup>.

---

<sup>17</sup> REDIKER (2012), p. 9.

<sup>18</sup> ELLIOTT (2018), pp. 150-169.

<sup>19</sup> Confederación y cofradía hacen referencia a la misma asociación bucanera, la distinción resulta de las diferentes traducciones que se hacen de ella.

<sup>20</sup> RUIZ y MORALES (2017), p. 9.

Para Enrique Otero, especialista en el estudio del curso español, la piratería es una «expedición armada o empresa por mar con un fin lucrativo y sin tener la autorización del Estado»<sup>21</sup>, es decir, serían piratas aquellos individuos que al margen de los intereses de una nación, amenazan el orden público y el comercio. La definición de David Cordingly es más simple, pues se limita a calificar de pirata a cualquier individuo que roba y saquea en el mar<sup>22</sup>. Por último, según la RAE, el término pirata designa a «aquel que va robando por el mar», y además, nos dice que procede del griego *peirates*, que significaría tratar de conseguir fortuna, aventurarse o esforzarse. Sería una definición que vincula el deseo de enriquecerse y el ansia de aventura.

Vemos que todas estas definiciones dan forma a un concepto general de pirata como forajido de mar dedicado al robo para lucro propio y sin autorización del Estado. Una acepción que podría ser aplicada a un amplio rango de fechorías marítimas, desde saqueos costeros, robos en alta mar, secuestros, asesinatos, interceptación de mercancías o contrabando. Cualquier crimen o acto reprochable podría considerarse piratería siempre y cuando haya agua y barcos de por medio, por lo que, según estas definiciones, es la presencia de estos dos elementos lo único que diferenciaría a un pirata de un bandido. Además, se limita la acción del pirata al mar, cuando en realidad fue bastante común que actuasen tierra adentro, teniendo sus principales enclaves en islas y ciudades costeras cuyos alrededores e interiores controlaban. Por otro lado, son definiciones que hacen hincapié en la no autorización del Estado, lo cual resulta incongruente habida cuenta de que los corsarios, uno de los distintos colectivos que quedarían dentro del concepto de pirata, fueron en esencia mercenarios privados al servicio de las naciones cuyos actos quedaban estipulados en contratos expedidos por los poderes públicos<sup>23</sup>. De tal forma, el concepto de pirata que se maneja habitualmente es demasiado universal y olvida la relación de este grupo social con la política, su peso en las relaciones internacionales y su propia multiplicidad.

Así pues, el término pirata designaría e incluiría a toda una serie de célebres personajes como Hawkins, Teach, Kidd, Morgan o Rackham, cuyas ocupaciones y actividades fueron muy dispares, por lo que difícilmente pueden ser entendidos mediante una definición tan universal<sup>24</sup>. Lo cierto es que el pirata no solo es un colectivo altamente mitificado, sino también difícilmente clasificable, pues comprende un amplio grupo de personajes, con unos orígenes, unas motivaciones, una ocupación y, en definitiva, una naturaleza social e histórica propia no representada por la imagen tópica del pirata caribeño, es decir, que sus características singulares no quedan debidamente explicadas bajo el concepto general de pirata. En definitiva, el término «pirata» es una generalización que permite establecer una noción básica de las actividades de este colectivo pero que no da cuenta de la complejidad, ni de la gran pluralidad de protagonistas que tuvo el fenómeno pirático, por lo que dedicaré a continuación un apartado a la tipología del pirata y al análisis de sus diferentes tipos.

---

<sup>21</sup> OTERO (1999), p. 35.

<sup>22</sup> CORDINGLY (2005), p. 23.

<sup>23</sup> AZCÁRRAGA Y BUSTAMANTE (1950), pp. 160-162.

<sup>24</sup> ABELLA (1989).

## 2.2 Piratas, Corsarios, Bucaneros y Filibusteros

Como decíamos, la definición de pirata es demasiado universal y no permite entender las diferencias que existen entre los distintos tipos de pirata: corsarios, bucaneros y filibusteros. Por ello he creído conveniente dedicar un apartado propio a la tipología del pirata y al análisis de sus diferentes clases, con el objetivo de mostrar que, frente a esa imagen idealizada y tópica del pirata americano, existió una amplia variedad de realidades que no coinciden con, ni se recogen bajo la definición universal de pirata ya vista. Teniendo en cuenta, además, que uno de los principales objetivos de este trabajo es hacer un retrato esclarecedor del pirata americano alejado de su imagen popular e imprecisa, resulta esencial explicar las diferencias entre los protagonistas de la historia - que no historias- de piratas. Por otro lado, veremos que todas estas clases de pirata son fruto del contexto histórico establecido por la Edad Moderna, a cuyos principales procesos deben su especificidad, y sin los cuales no puede entenderse el fenómeno de la piratería americana ni la singularidad de sus protagonistas.

Piratas, corsarios, bucaneros y filibusteros son términos habitualmente utilizados como sinónimos, pero se trata de colectivos bien diferenciados cuyas singularidades, de no ser bien comprendidas, pueden dar lugar a confusiones<sup>25</sup>. Pirata es el término más general, que designa a cualquier individuo dedicado al bandidaje marítimo, y que, como veíamos, actúa al margen de la legalidad. Esta definición no sería aplicable, por ejemplo, a corsarios como Hawkins o Drake, quienes conducían sus actividades dentro de la jurisdicción de un Estado, provistos de patentes de corso que no solo disculpaban sus actos, sino que los recompensaban<sup>26</sup>. Por ello, creo que el corsario, uno de los tipos de pirata más extendidos y utilizados a lo largo de los siglos modernos, es el colectivo que más se distancia de la definición general de la profesión, razón por la cual le dedicaré una especial atención.

El corsario, cuyo origen etimológico se encuentra en el término en latín *cursus* (literalmente carrera), compartiría las mismas actividades que cualquier otro pirata, el asalto, robo o acto de violencia -generalmente en el mar, puertos o zonas costeras- pero con la salvedad de que el corsario las lleva a cabo con beneplácito de los poderes públicos de un país, es decir, contará con una patente de corso, un contrato o documento legal que «justifica» sus actos<sup>27</sup>. Además, este corsario, que actúa en cierto modo como un pirata mercenario, se comprometía, a cambio de un pago o la promesa de mantener su botín, a limitar sus ataques a los enemigos del Estado por quien había sido contratado. Por ello, la diferencia esencial entre un pirata y un corsario es que el último actúa dentro de un marco legal, bajo órdenes de una autoridad, y su actividad queda dirigida contra un objetivo estipulado en el contrato, por lo que no tiene total libertad de actuación. Se trata, en esencia, de un pirata que cuenta con una autorización o respaldo real y tan solo ataca a un enemigo concreto, mientras que «el pirata es enemigo de todo

---

<sup>25</sup> MOREAU (2011), pp. 30-34.

<sup>26</sup> JARMY CHAPA (1983), p. 76.

<sup>27</sup> RUIZ y MORALES (2017), p. 10.

el comercio marítimo, porque se mueve exclusivamente por su afán de lucro, sin discriminar ningún pabellón nacional»<sup>28</sup>. Como bien plantea Enrique Otero:

El pirata...no tiene ningún permiso oficial, ataca a todo barco que encuentra en su camino, sin importarle la nacionalidad, y su presa no queda justificada en ningún juicio posterior. Desde el punto de vista legal, la captura de un mercante enemigo por un corsario es una adquisición legítima, en tanto que la presa de un pirata es simplemente un robo.<sup>29</sup>

Así pues, la patente de corso, el contrato establecido entre el marino privado -pirata- y un soberano, es la clave que define al corsario y lo distancia del pirata ilegítimo. Esta se basa en el respeto a las pautas que se acuerdan en la patente entre ambas partes, que mantienen una validez legal de los actos del corsario siempre que este no las incumpla o se salte lo estipulado en ellas, pues en ese caso se convertiría, en esencia, en un pirata que podría ser perseguido por las autoridades según la ley.<sup>30</sup> El corsario, gracias a su patente, goza de una distinción legal y de unas garantías gracias al apoyo de un Estado, mientras que el pirata puede ser cazado ya que su actividad, carente de autorización, se considera criminal e indiscriminada. Ello va unido a la cada vez más extendida idea moderna de que tan solo los Estados pueden hacer un uso legítimo de la violencia.

La actividad del corsario está ligada a los frecuentes conflictos coloniales entre las potencias europeas, a las cuales resultaba ventajoso contar con una fuerza naval no oficial -y por tanto mucho menos costosa de mantener- que desestabilizase al enemigo al tiempo que generaba ingresos<sup>31</sup>. Al mismo tiempo, esos marinos privados o *privateers* salían beneficiados, pues no solo contaban con un respaldo legal para unas acciones que de otra manera serían consideradas criminales, sino que podrían llegar a ascender social y profesionalmente, como fue el caso de John Hawkins, nombrado caballero por sus servicios a Inglaterra. Este es el caso de los *mendigos del mar* holandeses y los *privateers* de la Reina Virgen, aunque también existieron corsarios franceses e incluso españoles. Desde el siglo XVI se generaliza la expedición de patentes de corso debido a la insuficiencia que las flotas francesa e inglesa tenían para garantizar el control del mar, siendo necesario recurrir a estos marinos particulares. Se entiende entonces que los Estados que empleaban corsarios eran aquellos con menos fuerza naval, o como dice Enrique Otero<sup>32</sup>, el corso era «un arma de débiles», siendo el caso de Francia al estallar la guerra con España en 1521 y recurrir a estos piratas -como sería el caso del notorio Jean Bart en el siglo siguiente- legalizados para combatir a los españoles. La idea que me interesa acentuar es que se empleaba al corsario como modo de dañar al enemigo cuando no era posible derrotarlo en una guerra abierta.

Pese a que los franceses encabezan y generalizan el uso de corsarios en el Atlántico, serán los *privateers* ingleses de Isabel I quienes alcanzaron una mayor fama por sus numerosos y exitosos golpes a las posesiones coloniales españolas. Esta proliferación

---

<sup>28</sup> LUCENA (2005), p. 29.

<sup>29</sup> OTERO (2004), p. 39.

<sup>30</sup> AZCÁRRAGA Y BUSTAMANTE (1950), pp. 28-33.

<sup>31</sup> AZCÁRRAGA Y BUSTAMANTE (1950), pp. 30-37.

<sup>32</sup> OTERO (2004), p. 38.

del corso inglés se debe a la dependencia que Inglaterra, al tratarse de una potencia insular, tenía del dominio de los mares. Hay que tener en cuenta, además, que Inglaterra estaba siendo testigo del enriquecimiento del imperio español gracias a la explotación de los territorios americanos de los cuales ella misma se había visto excluida por las Bulas Alejandrinas<sup>33</sup>. Por ello, y sin una declaración de guerra directa a España, desde 1570 aproximadamente la Corona inglesa se vale del corsario para, mediante acciones propias de piratas, acosar las posesiones y rutas españolas de ultramar en un intento de debilitar a su enemigo y participar de alguna manera de las riquezas del Nuevo Mundo. Esta guerra corsaria, indirecta pero declaradamente perjudicial para España, sería capitaneada -nunca mejor dicho- por marinos tan reputados como John Hawkins, Francis Drake, o Walter Raleigh, quienes protagonizarían innumerables ataques contra las plazas y naves hispánicas en nombre de la Corona de Inglaterra. En este momento de la historia queda representada a la perfección la paradoja del corsario, cuyas acciones son percibidas como justas y legales por quien las perpetra, pero son vistas como un simple crimen por aquel que las padece, lo cual explica que un personaje como Sir Francis Drake sea percibido al mismo tiempo como héroe y como villano. Esto es algo que expresa muy acertadamente Rafael Abella:

Para los españoles, que tuvieron que sufrirlas en su propia carne o en sus propias pertenencias, aquello era piratería pura. Para los británicos eran actividades corsarias, justificadas por su rechazo al reparto del Nuevo Mundo decretado unilateralmente por el Papa Alejandro VI.<sup>34</sup>

Esa dualidad del corsario, idolatrado en su país y aborrecido por sus víctimas, es una de las razones que -a mi parecer- permiten explicar la difusión de la figura del pirata tanto como héroe idealizado como de villano demonizado, siendo el adalid de la causa de su gente y el culpable del malestar de sus rivales. Por lo que la diferencia en cuanto a la percepción del pirata -especialmente del corsario- y por ende, la imagen que de este se difunde, se basa en la posición que tomemos con respecto a la delgada línea que separa la piratería del patriotismo.

Vista ya la singularidad del corsario y algunos de sus principales ejemplos, podríamos pasar a hablar entonces del bucanero. Los bucaneros fueron, en origen, cazadores de reses cuya carne secaban y posteriormente vendían, y su nombre deriva del término francés *boucan*, que hace referencia al aparato -o al método, no queda claro en las fuentes- en que asaban o secaban la carne.<sup>35</sup> Philip Gosse indica que los bucaneros iniciaron sus actividades como contrabandistas y negociantes que, al margen del control total sobre el comercio que España buscaba mantener en sus colonias, se ocuparon de proveer las necesidades no cubiertas de las mismas. Limitaban por ello sus actividades contra los españoles, y se localizaban principalmente en la actual Santo Domingo, en su momento llamada La Española, isla en la cual abundaban reses y ganado que había sido abandonado tras las conquistas españolas, y que sería cazado y vendido por hombres de

---

<sup>33</sup> ABELLA (1998), p. 65.

<sup>34</sup> ABELLA (1989), p. 40.

<sup>35</sup> GOSSE (2017), p. 175.

origen inglés y francés, dando lugar al colectivo de los bucaneros<sup>36</sup>. Sus orígenes eran muy diversos, pero lo habitual es que fuesen criminales, desertores o proscritos, individuos que por diversas circunstancias hubieron de abandonar sus países -sobre todo Francia- en busca de una nueva vida.

Estos aventureros vulneradores del monopolio español comenzaron a poblar las Antillas desde las primeras décadas del siglo XVII, y pasarían de ser cazadores y contrabandistas a convertirse en verdaderos piratas al ver los beneficios que podía reportar el saqueo de las poco defendidas colonias y puertos españoles. En sus inicios estaban mal pertrechados y contaban tan solo con pequeñas embarcaciones y naves ligeras, por lo que empleaban una táctica de guerrillas, realizando asaltos rápidos a los barcos más débiles de las flotas, a aquellos que quedaban rezagados, tras lo cual huían y se escondían en las islas.<sup>37</sup> Conforme avanzaba el siglo XVII, los bucaneros fueron ganando fama y creciendo en número, atrayendo a otros prófugos y marginados sociales que engrosaban las filas de estos problemáticos piratas caribeños, destacando figuras como François l'Olonnais o William Dampier.

El éxito de sus actividades y su proliferación se debió en gran medida a la incapacidad que el exhausto imperio español tenía para defender sus extensas posesiones coloniales. Ello llevó a que las comunidades de bucaneros se expandiesen por el resto de islas antillanas, estableciéndose un enclave especialmente importante en isla de la Tortuga, cerca de La Española, donde se crearía el mejor y más conocido ejemplo de comunidad bucanera<sup>38</sup>, la Confederación de Hermanos de la Costa, a cuyo análisis se le dedicará un apartado propio. Nuestra principal fuente para conocer tanto esta fraternidad como el fenómeno bucanero en general, es el holandés y antiguo bucanero Alexander O. Exquemelin, quien lo vivió de primera mano y realizó una crónica que recoge las principales características, costumbres y organización de los bucaneros. De los bucaneros, Exquemelin dice que se dedican tanto a la caza como a la piratería, tienen fuertes lazos fraternos con sus camaradas, al mismo tiempo que cometen actos de increíble crueldad contra sus víctimas, y son propensos a malgastar y derrochar todas las ganancias de su botín, a menudo en alcohol y otros vicios<sup>39</sup>.

Al bucanero, entonces, lo situamos en el siglo XVII en el área caribeña, siendo su principal enemigo los españoles debido a ser el objetivo más abundante y vulnerable. Su unicidad radica en que se trató de un grupo totalmente americano, no ligado a su origen o nacionalidad previa, y que formó una nueva sociedad, propia y al margen de las convenciones de la época. No eran marinos europeos que realizasen viajes a las Indias para enriquecerse y volver a sus países con el botín, ni mercenarios al servicio de un Estado o rey, sino que se trataba de individuos de las más diversas procedencias que se refugiaron en aquellas islas del Nuevo Mundo para comenzar una nueva vida<sup>40</sup>. En este

---

<sup>36</sup> GOSSE (2017), 175-177.

<sup>37</sup> GOSSE (2017), 177-180.

<sup>38</sup> ABELLA (1998), p. 103.

<sup>39</sup> EXQUEMELIN (2013), pp. 57-60.

<sup>40</sup> LUCENA (2005), p. 161.

sentido, creo que se trata del pirata americano «más puro», aventureros sin rey ni nación, desligados de cualquier rivalidad política, formando comunidades fraternas y equitativas, viviendo de manera salvaje y con un espíritu libertario. Este estilo de vida tan romántico y apartado de la civilización que tenía el bucanero, sería una de las razones que llevaron a la idealización del pirata y a la construcción de todo el mito que rodea su imagen, algo que, como veremos en el apartado dedicado a la Cofradía de Hermanos de la Costa, dista mucho de la realidad.

Por último, los filibusteros -tal vez el tipo de pirata más difícil de clasificar y menos definido- se presentan cronológicamente después que los bucaneros, entre los años 1630 y 1680, siendo vistos como una especie de evolución de aquellos por ciertos autores como Philip Gosse, quien considera filibusteros a los bucaneros tras ser expulsados de La Española<sup>41</sup>. Es decir, podrían ser vistos como una versión del bucanero que, ya desligado de sus actividades de caza, se encuentra más adherido a las acciones piráticas. Al igual que sus predecesores, los filibusteros proliferan en las islas antillanas y uno de sus principales enclaves fue Isla Tortuga. También se trata de piratas libres que no pertenecen a ninguna nación ni se identifican con ningún país y que no hacían distinción entre sus víctimas -las cuales solían ser españolas por las mismas razones que en el caso de los bucaneros-. Sin embargo, bucanero y filibustero no son sinónimos, y es que este último no limita su actuación al Caribe, desplazándose por diversos lugares como el Pacífico, mientras que el bucanero es exclusivamente un pirata del Atlántico, es decir, que mientras los bucaneros tan solo se dedicaban al pillaje en las zonas cercanas a sus islas, los filibusteros realizaban incursiones a lugares lejanos, aunque mantenían Isla Tortuga como base principal.<sup>42</sup> Asimismo, ambos tienen un espacio cronológico diferenciado, mientras que el bucanero destaca durante los dos primeros tercios del siglo XVII, el filibustero alcanza su protagonismo desde la segunda mitad de siglo, perdurando hasta bien entrado el siglo XVIII. El filibusterismo, en tanto que constituye un bucanerismo más desarrollado y a mayor escala, tiene más fuerza militar y es capaz de aumentar el tamaño de sus presas, llegando a atacar puertos y grandes convoyes marítimos, causando estragos en el sistema comercial colonial.<sup>43</sup>

El origen del término filibustero es holandés, y significa «aquel que captura un botín», *freebooter* en inglés, filibustero en español y *flibustier* en francés. Todos hacen referencia a estos piratas americanos que tienen su origen en los bucaneros. Los filibusteros también tenían ciertas semejanzas con los corsarios, y si bien no actuaban al resguardo de un Estado ni bajo el amparo legal que ofrecían sus soberanos como aquellos, era común que trabajasen al servicio de los enemigos de España. Hacia finales del siglo XVII, filibusteros como Edward Mansvelt o Henry Morgan colaborarían con los poderes europeos, siendo esenciales para sus propósitos colonialistas. Esta cooperación no se dio por razones políticas, ni por un interés en ayudar a una potencia sobre otra, sino simplemente por puro negocio, puesto que sus víctimas más comunes y

---

<sup>41</sup> GOSSE (2017), p. 181.

<sup>42</sup> LUCENA (2005), p. 29.

<sup>43</sup> REDIKER (2012), pp. 46-55.

lucrativas eran los navíos, colonias y plantaciones españolas, por lo que resultaba natural que trabajasen al servicio de sus rivales europeos, quienes les ofrecían protección, recursos y pagos<sup>44</sup>. Así pues, conforme avanza el siglo XVII, los filibusteros toman nota de los beneficios que puede reportarles hacer de mercenarios para los beligerantes Estados europeos, por lo que abandonarían progresivamente sus ocupaciones cazadoras y bucaneras, evolucionando y tomando ciertos elementos del corsario<sup>45</sup>, aunque no eran leales a ninguna corona ni nunca tuvieron la situación jurídica de los corsarios, manteniéndose casi siempre en la ilegalidad. Así pues, el filibustero es una síntesis entre bucanero y corsario, una evolución de ambos que aparece bajo unas circunstancias concretas y como fenómeno exclusivo de la piratería americana. Por ello el filibustero representa esa idea general y tópica del pirata americano que ha perdurado hasta nuestros días<sup>46</sup>, debido a que concentra las principales características compartidas por todos sus tipos y es un producto único de su tiempo y su contexto.

Como hemos visto, todos estos forajidos de mar, pese a formar parte de un fenómeno común y compartir una misma ocupación, presentan unas características propias que los diferencian entre sí. Esa universalización que provoca el considerar a todos ellos simplemente «piratas» y los simplifica bajo una misma caracterización es una de las consecuencias de la idealización y popularización de la imagen del pirata caribeño que este trabajo pretende analizar. Dado que la distinción entre algunas de estas clases de pirata -como es el caso de bucaneros y filibusteros- depende en gran medida de las circunscripciones temporales y territoriales a las que pertenecen, se hace imprescindible conocer su contexto histórico, pues en última instancia es lo que las define. Por tanto, el haber concretado la tipología del pirata nos permite situar a cada uno de sus protagonistas en su correcto espacio geográfico y en un marco histórico propio, y de esa forma, alejarnos de la imagen única y estereotipada del pirata caribeño para tomar conciencia de la especificidad e idiosincrasia de cada uno de estos colectivos de marinos que habitaron América.

### 2.3 Periodización y fases

En cuanto a la periodización de la piratería americana, esencial para su comprensión, existen diversas interpretaciones que explican las diferentes etapas que experimentó el fenómeno, pero muchos autores, como Philip Gosse o Rafael Abella, están de acuerdo en que la piratería atlántica y su edad dorada (1620-1795) se desarrolló a lo largo de tres fases, o cuatro, si tenemos en cuenta la actividad precursora que desde el año 1521 protagonizaron los corsarios franceses -y que continuarían los ingleses- en torno a la isla de La Española.<sup>47</sup> Sin embargo, debido a que esta cronología tan solo atiende a las partes de la edad dorada de la piratería, limitándola a los siglos XVII y XVIII, me he decantado por utilizar la división en cinco fases que hace Lucena Salmoral, debido a

---

<sup>44</sup> LUCENA (2005), pp. 34-36.

<sup>45</sup> ZAMBRANO (2007), pp. 53-55.

<sup>46</sup> ZAMBRANO (2007), pp. 25-56.

<sup>47</sup> GOSSE (2017), p. 176.



que incluye los episodios previos a tales fechas, como el nacimiento de la piratería americana.<sup>48</sup>

Son entonces los franceses quienes dan origen a esta primera fase que precede y anuncia la edad de oro -que según la periodización de Lucena, engloba de la tercera a la quinta fase- y que comprende aproximadamente, desde 1521 hasta 1568. Se inicia a razón de la declaración de guerra entre la Francia de Francisco I y el floreciente imperio de Carlos I, cuyo manifiesto antagonismo sería el origen de numerosos conflictos entre los años 1520 y 1551<sup>49</sup>. El rey francés, sabedor de la dependencia que el mecanismo imperial español tenía de las riquezas provenientes de América, resuelve que todo barco y marino que ataque a las flotas españolas de Indias podría quedarse con sus riquezas, contando con el beneplácito real. De esta forma, «Francisco I se convierte en uno de los grandes impulsores y protectores de la piratería»<sup>50</sup>, fomentando un sistema de corsarios que se extendería a lo largo de toda la historia moderna, basado en las patentes de corso ya vistas en el tema de la tipología.

Estos corsarios o *privateers*, mostraron ser muy efectivos, permitiendo al monarca desplegar una ofensiva naval muy económica y sin los costes de mantener a un cuerpo oficial marítimo. Entre los corsarios franceses que protagonizaron esta primera etapa podemos contar a Juan Florín (Jean Fleury), quien se lanzó al mar en varias ocasiones, atacando, robando y asaltando numerosas naves y puertos de las Antillas. Sus éxitos impulsarían a continuar tales actividades a futuros corsarios franceses como François Le Clerc -quien sería conocido como Pata de Palo- o Jacques de Sore, ya en tiempos de Enrique II, suponiendo sus actividades un verdadero quebradero de cabeza para las autoridades coloniales españolas y un duro contratiempo para la política exterior de los Austrias, dependiente de los ingresos coloniales<sup>51</sup>. Durante esta primera fase, llamada clásica, era habitual que los corsarios y piratas no se adentrasen demasiado en el Atlántico y esperasen cerca de las costas europeas a los galeones españoles que transportaban las riquezas de vuelta, momento en que eran emboscados y atacados por sorpresa. Este periodo de dominación francesa termina en 1568 una vez España logra vencer a los franceses en Florida y así obtener el control del Canal de la Bahama.

Le seguirá una segunda fase encuadrada entre 1568 y 1621, protagonizada por los corsarios ingleses de la Reina Virgen, quienes siguieron la estela marcada por el pionero corso francés<sup>52</sup>. Este resurgir de la piratería coincide en el tiempo con el descubrimiento de numerosas y ricas minas de plata en el Nuevo Mundo en la década de los años 1560, en la que irrumpieron los ingleses, encabezados por la célebre figura de John Hawkins, en un principio dedicado al contrabando y al comercio de esclavos africanos -práctica muy extendida debido al comercio triangular, siendo demandados en las plantaciones y explotaciones indianas- pero más tarde sería empleado como corsario por Isabel I de

---

<sup>48</sup> LUCENA (2005), p. 46.

<sup>49</sup> RUIZ y MORALES (2017), pp. 27-28.

<sup>50</sup> RUIZ y MORALES (2017), p. 28.

<sup>51</sup> RUIZ y MORALES (2017), pp. 30-34.

<sup>52</sup> LUCENA (2005), pp. 46-47.

Inglaterra, quien, descontenta con la exclusividad española, buscaba participar de la colonización americana y su comercio. Hawkins haría las veces de corsario, contrabandista y negrero, llevando a cabo numerosas operaciones y ataques a puertos en las posesiones coloniales españolas que le valieron el nombramiento de caballero por la reina<sup>53</sup>. Estas actividades serían continuadas por otros corsarios, conocidos como «perros del mar» (*sea dogs*) como Francis Drake, o Walter Raleigh quienes junto a Hawkins, organizaron con beneplácito real, numerosas expediciones en el área caribeña, marcando el apogeo de esta práctica pirática con amparo estatal en la que Inglaterra concedió numerosas patentes de corso que permitían a marinos particulares asaltar las colonias y rutas españolas en Indias sin existir una declaración de guerra oficial<sup>54</sup>.

Estos piratas con respaldo estatal, además de ingleses, fueron también de origen holandés, los llamados *mendigos del mar*, que se revolvieron contra el católico imperio español en el contexto de un conflicto por su independencia política y confesional, surgiendo sobre todo tras la llegada del duque de Alba a Flandes y la dura represión que allí ejerció. La actividad de estos piratas holandeses continuaría y florecería tras la toma de poder de Guillermo de Orange, quien les otorgó patentes de corso, dotándose así de una considerable flota con la que combatir a España<sup>55</sup>. Esta generalización de las actividades corsarias inglesas y holandesas, sumada al retorno del corso francés a principios de siglo XVII marcaría el inicio de la siguiente fase.

El tercer periodo corresponde al momento de auge de los bucaneros, comprendido entre 1622 y 1655, en el que se asientan los principales enclaves piratas como Isla Tortuga o Santo Domingo -a cuyo análisis he dedicado un apartado propio- desde los cuales se lanzan continuos ataques a las plazas de las Indias españolas, causando estragos en las mismas. Destaca en este momento, como relata en sus crónicas Exquemelin<sup>56</sup>, Pierre le Grand, pirata francés que da comienzo a las actividades de bucaneros -sobre todo franceses- en La Española, y consolida la actividad de este tipo de pirata en las primeras décadas del siglo XVII. Es este un momento de transformaciones dentro de la historia del pirata americano, en el que el corso holandés del que ya hemos hablado se consolida en el área caribeña tras el fin de la Tregua de los Doce Años, al mismo tiempo que retorna el pirata francés en la forma de los bucaneros, quienes organizados en torno a Isla Tortuga, proliferaron en el marco de las dificultades experimentadas por los españoles en la época.<sup>57</sup> Si durante los dos primeros periodos de la piratería lo más común era asaltar a los barcos que volvían de América, estando ya cerca de Europa, a partir de esta tercera fase, debido a la creciente protección y el sistema de flotas que los españoles establecieron para defenderse, el área principal de la piratería se traslada del Atlántico hacia el Caribe, donde los piratas -bucaneros- ya se han instalado en numerosas islas antillanas abandonadas por los españoles. Lucena Salmoral considera que esta etapa, la más libertaria, en la que conviven el bucanero

---

<sup>53</sup> ABELLA (1998), pp. 51-65.

<sup>54</sup> LUCENA (2005), pp. 93-114.

<sup>55</sup> LUCENA (2005), pp. 131-132.

<sup>56</sup> EXQUEMELIN (2013), p. 56.

<sup>57</sup> LUCENA (2005), pp. 157-162.

desligado de las rivalidades internacionales y el corso mercenario de los Estados, termina en 1655, coincidiendo con la toma de Jamaica por los ingleses, *casus belli* de otra guerra anglo-española.

Se inicia entonces la cuarta fase (1656-1671), que ya coincide con el inicio de la edad dorada de la piratería atlántica, el periodo del filibusterismo, que nació como una evolución del bucanerismo, pero que contó también con gran presencia de bucaneros franceses ya establecidos en el periodo anterior, como Michel Le Basque o François l'Olonnais (Jean David Nau, El Olonés), este ultimo conocido popularmente como uno de los piratas más violentos y sanguinarios, cuyas acciones fueron presenciadas directamente por A. Exquemelin, quien vive en este periodo, siendo testigo de la creación de la Confederación de los Hermanos de la Costa en Isla Tortuga, una fraternidad pirata con igualdad de derechos y provista de un código de conducta propio.<sup>58</sup> La expansión del filibusterismo por la que se caracteriza este periodo coincidió con el momento de mayor debilidad del imperio español, por lo que floreció la práctica pirata a costa del padecimiento de las colonias españolas. Las principales potencias enemigas de España se hicieron con el control de varias islas menores del Caribe, las cuales además fueron usadas como bases piratas desde las que estos organizaron más ataques. En este periodo, que posiblemente representa mejor la imagen tópica e idealizada del pirata caribeño, se cometen algunas de las tropelías más conocidas y aparecen algunos de los nombres más afamados, como por ejemplo la conquista y destrucción de Panamá -una de las principales capitales coloniales españolas- perpetrada por el filibustero inglés Henry Morgan en 1671.<sup>59</sup>

La última etapa de la piratería comienza tras este hecho, el saqueo de Panamá de 1671, que representa perfectamente la anterior fase dominada por el filibustero y anuncia el principio del fin para el pirata americano, que llegará definitivamente en 1722, ya bien entrado el Siglo de las Luces. A pesar de las discrepancias sobre la fecha final de la edad dorada de la piratería, como las de Rediker y Linebaugh, que la ponen en 1726 tras la ejecución del capitán William Fly<sup>60</sup>, todos los autores coinciden en situarla dentro de la década de 1720, en la que las transformaciones que experimentan las potencias occidentales tras la Guerra de Sucesión Española establecen una nueva realidad social y política incompatible con el fenómeno pirático. Si el periodo anterior correspondía al momento de mayor debilidad del imperio español, a costa del cual prosperaban piratas ingleses y franceses, la fase comenzada desde las últimas décadas del XVII coincide con un momento de dificultad del poder español en América, durante el que Inglaterra, Francia y Holanda, cada vez más fuertes, buscaban repartirse las posesiones coloniales del imperio español.<sup>61</sup> Aunque la nación más interesada en la caída del poder español fue Inglaterra, debido a su política exterior expansionista tras el Tratado de Utrecht, que buscaba establecer una talasocracia, un fuerte imperio marítimo basada en el comercio y el control de los mares. En este empeño, Inglaterra dejó de dar

---

<sup>58</sup> EXQUEMELIN (2013), p. 126- 132.

<sup>59</sup> ABELLA, (1989), pp. 109-101. Véase también: GOSSE (2017), p. 193.

<sup>60</sup> REDIKER Y LINEBAUGH, pp. 200-201.

<sup>61</sup> RUIZ y MORALES (2017), p. 169.

cobijo al pirata y de expedir patentes de corso, buscando erradicar cualquier tipo de piratería que pudiese amenazar su creciente influencia naval, por lo que desde 1712, se publicó un edicto para poner fin a las actividades no oficiales en el mar, proponiendo al mismo tiempo una amnistía para todo capitán pirata que acordase repudiar su vida anterior<sup>62</sup>.

Sin embargo, incluso en esta última época podemos encontrar afamados piratas que, resistiéndose al cambio de orden, mantuvieron sus actividades en el mar. Normalmente se trataba de antiguos corsarios que retirados de sus antiguas funciones paramilitares se vieron sin empleo, viéndose obligados a convertirse en filibusteros o bucaneros. Algunos de ellos, como Charles Vane, Jack Rackham o Edward England, consiguieron mantener una base pirata en la isla de las Bahamas de New Providence (Nasau), donde resistirían como uno de los últimos reductos piratas. Otro de ellos fue Edward Teach, Barbanegra, antiguo corsario inglés que tras la prohibición de la piratería se convirtió en filibustero y, debido a la caza de piratas en el Caribe, trasladó su ámbito de actuación hasta las costas del este norteamericano, en Carolina del Sur.<sup>63</sup>

Conforme crecía el poder inglés -y en menor medida francés- y el número de bases de estos en el Caribe y América Central, los piratas fueron cazados sin excepción, desprovistos de guaridas, sin apoyos, e incapaces de hacer frente a la cada vez más poderosa y organizada *Royal Navy* inglesa. Los otrora corsarios y mercenarios ingleses y franceses se vieron perseguidos por sus antiguos empleadores, obligados a vivir siempre a la fuga o a huir a otras áreas como el Pacífico o Norteamérica.<sup>64</sup> La piratería, más que por los poderosos y avanzados buques de la flota inglesa, fue vencida por los nuevos tiempos y la llegada de una sociedad en la que su especie no tenía cabida. Así se inicia un proceso de exterminio de los piratas y sus actividades, pues estas se habían convertido en perjudiciales para las potencias que en un primer momento las promovieron. En definitiva, asistimos desde principios del XVIII, al ocaso de la piratería, un proceso que resume perfectamente Stuart Robertson en su obra *La Vida de los piratas*:

La gran época de la piratería terminó como consecuencia de una campaña muy efectiva llevada a término por patrullas navales europeas que tomaban enérgicas medidas contra los piratas en el mar; al mismo tiempo, los barcos piratas tenían vetado, cada vez con más frecuencia, el acceso a un mayor número de puertos. Desperdigados y escondidos en sus guaridas ante la amenaza que suponían los poderosos buques de la marina, cada vez eran más los piratas que caían presa de las autoridades. La época de los piratas concluyó con ejecuciones masivas en las horcas. Este periodo fue el que más permeó en la imaginación de los escritores, los cineastas y los guionistas. Como se cuenta que dijo «Barbanegra» Roberts, el más afortunado de todos los piratas de la edad dorada, «nuestra vida es corta, pero feliz».<sup>65</sup>

---

<sup>62</sup> LUCENA (2005), p. 47.

<sup>63</sup> GOSSE (2017), pp. 233-237.

<sup>64</sup> REDIKER (2012), pp. 127-131.

<sup>65</sup> ROBERTSON (2010), p. 14.

Es en este momento cuando se generaliza esa imagen del pirata como héroe romántico, generoso, que lucha contra la opresión de los grandes imperios y su destino, imagen que, como estamos viendo, no coincide del todo con la realidad. Por otro lado, habiendo visto esta breve periodización, se hace evidente que la historia del pirata americano es inseparable de su coyuntura histórica, y es que son los principales hitos y procesos modernos los que marcan cada una de sus fases, y en última instancia, moldean y definen el fenómeno de la piratería.

#### 2.4. Causas del origen y auge de la piratería atlántica

Como venimos viendo a lo largo del trabajo, la piratería americana es un fenómeno necesariamente unido al marco histórico en que se desarrolla, y si bien el bandillaje marítimo no es algo exclusivo de época moderna, sí que lo es el gran apogeo que tiene durante su edad de oro, cuyo éxito sin precedentes tan solo se explica atendiendo a los principales procesos de los siglos XVI-XVIII. Teniendo esto en cuenta, queda claro que es el contexto concreto en que se desenvuelve lo que hace único y singular al fenómeno de la piratería atlántica, que de otra forma no es diferente del resto de episodios similares ya vistos a lo largo de la historia.

Por otro lado, debido a las dificultades documentales que existen para el estudio del fenómeno de la piratería<sup>66</sup>, considero que la explicación y análisis del contexto histórico que envuelve al mismo es una de las mejores y más fiables aportaciones que puede hacer la historia para profundizar en el conocimiento del mismo y así distanciarse del mito y de la leyenda que estigmatizan el estudio de la piratería. Por tanto, en estas páginas trataré de exponer las circunstancias geopolíticas y socioeconómicas que favorecieron la llegada de la piratería atlántica y posibilitaron su momento de esplendor.

En primer lugar habría que hablar del descubrimiento de América y de cómo sus grandes riquezas y posibilidades, unidas a los mitos sobre sus maravillas que llegaban al continente europeo, alentó a muchas personas a hacerse a la mar para buscar fortuna de diversas formas:

El atractivo del Nuevo Mundo iba a ejercer una fuerte fascinación sobre los navegantes ansiosos de unir su nombre a tierras vírgenes y ponerlas a disposición de sus mentores. Pero también iba a provocar no menos fascinación entre los que vieron en las nuevas tierras, y en su comercio, ocasión única para practicar el latrocinio marítimo.<sup>67</sup>

En la empresa americana, los europeos proyectaron todas sus necesidades, sueños y carencias, por lo que se iniciaron innumerables viajes trasatlánticos e incursiones de todo tipo, pero destacando ante todo empresas cuyo objetivo era el de encontrar oro. Esto era así debido a que, ya desde las primeras décadas del siglo XVI, se había instaurado en Europa un sistema mercantilista que basaba la riqueza y poder de los hombres y las naciones en la cantidad de metales preciosos que pudiesen acumular.<sup>68</sup>

---

<sup>66</sup> GOSSE (2017), pp. 13-15.

<sup>67</sup> ABELLA (1998), p. 48.

<sup>68</sup> CRESPO MCLENNAN (2014), pp. 25-26.

Por tanto, una de las formas que los europeos encontraron para hacerse con el preciado metal fue el asalto a los barcos que volvían de América cargados de riquezas, de manera que la piratería se convierte en una forma muy efectiva y lucrativa de obtener oro, sobre todo durante el siglo XVI, cuando las rutas y flotas españolas carecen de la protección adecuada, por lo que son atacados por piratas y corsarios franceses e ingleses a su vuelta a Europa. Así, la inmensa riqueza americana se convirtió en uno de los principales alicientes para la difusión de la piratería atlántica<sup>69</sup>. Este factor se haría aun más importante en contraste con las carencias y dificultades experimentadas en Europa, sobre todo durante el catastrófico siglo XVII, durante el cual se dio una adversa coyuntura que empujaría a mucha gente a abrazar la piratería como medio para escapar de la crisis europea. Esto me lleva a considerar el hecho de que existiese una gran parte de la población europea en unas condiciones de extrema miseria como otro de los factores que movilizaron a las masas hacia la piratería, la cual probablemente se vio nutrida con la emigración de una población empobrecida.

La segunda causa de la piratería americana, y seguramente la de mayor peso, fue el monopolio que la Corona española ejerció en el Nuevo Mundo desde 1492. Como decíamos, el Nuevo Continente ofrecía inmensas riquezas anheladas por el resto de potencias, sobre todo Inglaterra y Francia, las cuales se habían visto excluidas del reparto americano debido a la Bula del papa Alejandro VI de Borja -quien, para colmo de los marginados, era español- por la que no podían participar en la colonización ni beneficiarse del comercio. El acceso al continente americano estaba altamente restringido, y se intentó impedir que ningún otro país al margen de la Corona Hispánica pudiese beneficiarse del Nuevo Mundo. Frente al férreo monopolio comercial que España implantó en sus posesiones americanas<sup>70</sup>, el resto de Estados europeos recurrirían a prácticas piráticas, destacando el empleo de corsarios primero por Francia y más tarde por Inglaterra para participar de las riquezas que -según consideraban- les habían sido injustamente negadas, y al mismo tiempo menguar el poder de su rival. Además, las propias colonias americanas alimentaban el fenómeno pirático, pues el imperio español era incapaz de satisfacer por sí solo todas las necesidades de sus colonias, por lo que se vio favorecido el contrabando, que se extendió gracias a la piratería durante los siguientes siglos<sup>71</sup>.

Vemos entonces que las riquezas americanas y la disputa por su disponibilidad y posesión en el contexto del capitalismo comercial fueron algunas de las principales causas que fomentaron el fenómeno pirático, pero además de estas circunstancias económicas, tuvieron gran peso las de orden político, destacando las rivalidades europeas y sus frecuentes enfrentamientos hegemónicos o guerras confesionales. La pugna entre monarquías se proyectó en el Nuevo Mundo, donde los conflictos originados en Europa se dirimían a través de la piratería. La política exterior universalista de los Austrias Mayores -a menudo origen de guerras con el resto de

---

<sup>69</sup> ONTIVEROS (2008), pp. 15-18.

<sup>70</sup> CIPOLLA (1967), pp. 30-35.

<sup>71</sup> CIPOLLA (1999), pp. 27-41.

potencias- era en extremo dependiente de las riquezas provenientes de su imperio colonial, por lo que la conservación del mismo era una de sus principales preocupaciones<sup>72</sup>. Por tanto, sabedores de la importancia que las posesiones ultramarinas del imperio español tenían para sus proyectos hegemónicos, los enemigos de la Corona española buscarían desgastar y debilitar el poder colonial de la misma, para lo cual favorecerían la actividad pirática como medio para dismantelar el sistema comercial español. Debido a esa coyuntura de constante pugna por la preeminencia española en el Nuevo Continente, se fomentaría el desarrollo de la actividad de los piratas, quienes serían utilizados como corsarios o filibusteros al servicio de las grandes potencias, o simplemente actuarían de forma libre, beneficiándose del caos creado por los conflictos entre las mismas. Así pues, existió una relación directa entre la actividad pirática y los principales acontecimientos de la política europea, la cual puede verse, por ejemplo, en los constantes ataques de corsarios ingleses contra España durante el último tercio del siglo XVI, que coincide con un periodo de rivalidad política entre Isabel I y Felipe II.<sup>73</sup> También los conflictos religiosos, que enfrentaron a los Estados protestantes con el católico imperio español, tuvieron su eco en América, justificando acciones piráticas criminales e inmorales como actos justos y encomiables contra el hereje, y dando salida al fanatismo religioso que permitía la lucha contra los católicos. Así, la piratería prospera en el contexto de las luchas confesionales, en el que los piratas se identificaban como abanderados de su religión o confesión y combatían al hereje y al infiel al tiempo que se hacían con sus riquezas:

Con Francisco I, la Francia calvinista se erige como la primera oponente al gran poder católico español. Al rebelarse contra la Bula del Papa Borgia los franceses inauguran las aguas americanas como un escenario donde las coronas europeas disputan el dominio no solo de España, sino también de la Iglesia Católica a través de la piratería.<sup>74</sup>

La siguiente gran causa, relacionada directamente con la anterior, fue la debilidad de la defensa del imperio español -debido a lo imposible de tal tarea- de sus posesiones ultramarinas. Y es que la supuesta invencibilidad española en las Indias y su gran poder militar fue, como bien dice Lucena Salmoral, una invención de la Leyenda Negra -que los españoles no negaban puesto que les beneficiaba- cuyo objetivo era justificar la injerencia de franceses e ingleses en América<sup>75</sup>. Lo cierto es que en los siglos XVI y XVII existía una protección insuficiente tanto en las posesiones americanas del imperio español como en las rutas que las conectaban con Europa. Esta debilidad se debía, en síntesis, a la política europea hegemónica mantenida por la Casa de Austria, que dividía los esfuerzos y recursos de la Corona y la obligaba a mantener operaciones militares y otras empresas por doquier: guerras contra Francia e Inglaterra, la Cuestión de Flandes, la lucha contra la amenaza turca en el Mediterráneo, el conflicto confesional con los príncipes alemanes protestantes, la propia colonización americana, etc.

---

<sup>72</sup> ELLIOTT (2018), pp. 169-185.

<sup>73</sup> JARMY CHAPA (1987), pp. 47-49.

<sup>74</sup> ONTIVEROS (2008), p. 20.

<sup>75</sup> LUCENA (2005), P. 25.

A ello tampoco ayudaba la gran extensión de los territorios hispanos, los cuales se encontraban divididos en dos océanos, para cuya defensa España -y cualquier otra potencia de la época- carecía de hombres y recursos. Además, desde finales del XVI, el imperio español contó con una tecnología naval atrasada en comparación con la inglesa y holandesa, lo que le impedía proteger eficazmente los mares y costas que bañaban sus dominios coloniales<sup>76</sup>. Desde 1648, con la Paz de Münster, España perdería su hegemonía en favor de Francia, Holanda, y especialmente Inglaterra, produciéndose un cambio en el tablero político y militar europeo. Habría que precisar, sin embargo, que la defensa española de todas sus posesiones fue una tarea inviable desde un primer momento, en la que fue determinante la creciente potencia de sus enemigos más que una inherente debilidad española, y pese a todo ello, España mantendría sus colonias americanas hasta el siglo XIX. Otro factor clave fue la ineficaz política de poblamiento americano que llevaron a cabo los reyes de España, una política que:

(...) había determinado colonizar las Indias con ciudadanos considerados entonces de «primera» categoría (ni judíos, ni judaizantes, ni moriscos, ni herejes, ni gitanos y ni casi delincuentes). España, un pequeño país de unos once millones de habitantes, despreció una oportunidad de oro para trasvasar a América los excedentes de población que deseaba evacuar de la Península y prohibió el paso a Indias a los ciudadanos de «segunda».<sup>77</sup>

De tal forma, las pequeñas y dispersas colonias de Indias quedaron muy poco pobladas, y por tanto, indefensas ante los frecuentes -y a menudo exitosos- ataques piratas. En definitiva, todos estos factores hicieron imposible a España la correcta protección de sus dominios en América y de sus rutas comerciales, flaqueza que sería explotada por sus enemigos mediante el eficiente empleo de piratas y corsarios, que bien fueron exhortados o directamente contratados por el resto de países europeos para asaltar, desestabilizar y debilitar al vasto y poco defendido imperio español.<sup>78</sup>

La última causa que propició la piratería fue la propia geografía americana, sobre todo el área del Caribe, donde las numerosas, mal conocidas y a menudo deshabitadas islas e islotes ofrecían excelentes escondites y guaridas a los piratas desde donde emboscar a sus víctimas.<sup>79</sup> Esta ayuda que de forma natural ofrecía la orografía caribeña se vio potenciada por el abandono generalizado de las Antillas por los españoles -aunque mantuvieron fuerte presencia en Puerto Rico y La Española- quienes prefirieron asentarse en el continente, dejando de lado todas estas islas, que pasarían a llamarse «islas inútiles»<sup>80</sup>. Este abandono se debió, por un lado, a la resistencia de los *caribes*, sus fieros habitantes nativos que dificultaban la creación de colonias, y por otro, a la carencia de oro en estas islas, cuya obtención era, en definitiva, el objetivo principal de los españoles. El abandono de estas islas, unido a sus características naturales que favorecían su uso como base de operaciones, provocó que fuesen ocupadas por franceses, ingleses y holandeses, dando lugar así a algunos de los principales enclaves

---

<sup>76</sup> LINEBAUGH Y REDIKER (2005), pp. 151-154. Véase también: LUCENA (2005) pp. 26-28.

<sup>77</sup> LUCENA (2005), p. 25.

<sup>78</sup> ONTIVEROS (2008) pp. 20-21.

<sup>79</sup> LUCENA (2005), p. 26.

<sup>80</sup> RUIZ Y MORALES (2017), p. 23.



piratas de la época, como Isla Tortuga, New Providence o Jamaica, que se convertiría en la principal posición de Inglaterra en el Caribe. Desde ellas se lanzarían frecuentes ataques y asaltos que hostigarían a los navíos y emplazamientos españoles en el Nuevo Mundo durante más de 200 años.<sup>81</sup>

A nivel individual, podemos encontrarnos con un discurso que, tratando de ennoblecer la piratería e idealizar a sus protagonistas, aduce que las razones que impulsaban a alguien a dedicarse a tal oficio eran la búsqueda de la libertad, el deseo de vivir aventuras, la defensa de los principios religiosos, o distanciarse del inmóvil y jerarquizado orden europeo<sup>82</sup>. Sin embargo, aunque pueda haber ciertos casos concretos que llevaron a individuos a dedicarse al pillaje marítimo por estas razones, no son de ninguna manera sus causas fundamentales. Por tanto, esa imagen del pirata como un libertario romántico que busca alejarse de la convención social es una construcción cultural y literaria, siendo la verdadera razón -a nivel individual- que impulsaba a la gente a dedicarse a una ocupación tan exótica la búsqueda de riquezas, el verse rechazado por la sociedad, o encontrarse en un estado de pauperidad que no dejaba muchas alternativas. La piratería se alimentaba en gran medida de las capas de la población más miserables, siendo el caso de la gran mayoría de hombres -y en algunos casos, mujeres- que, desvalidos y desheredados, se vieron obligados a echarse a la mar por no tener una mejor alternativa<sup>83</sup>. Como he tratado de mostrar, el verdadero móvil que fomentó la piratería fueron las circunstancias primero económicas y luego políticas que desde el continente se proyectaron hacia el Nuevo Mundo, lo cual evidencia que en efecto, el fenómeno de la piratería americana es un producto de su contexto, pero que además, tiene un importante peso en el devenir histórico de los siglos modernos.

En suma, la abundante riqueza americana, deseada por todos los europeos pero acaparada por España, conduce a las potencias excluidas a recurrir a la actividad pirática para participar de la colonización, explotación y comercialización de las fértiles Indias. A la proliferación de ese fenómeno pirático, que será usado como medio para alcanzar los fines de los distintos países europeos, contribuirán factores como la débil defensa española de sus posesiones coloniales, la geografía americana, o la pobreza de una sociedad europea donde los marginados y desfavorecidos no tienen cabida. Así, a través de ese fenómeno pirático, se dirimirán en suelo y aguas americanas muchos otros conflictos europeos que superarán los límites del Viejo Continente para convertirse en pugnas universales.

### 3. El mito del pirata: Los Hermanos de la Costa en el relato de Alexandre O. Exquemelin

Hasta el momento hemos hecho un recorrido general por los principales aspectos del fenómeno de la piratería americana, pero me interesa ahora detenerme en el análisis de un aspecto específico: el caso concreto de los Hermanos de la Costa, quienes

---

<sup>81</sup> ABELLA (1998), pp. 22-24.

<sup>82</sup> LUCENA (2005), p. 22.

<sup>83</sup> OTERO LANA (2006), pp. 195-199.

representan a la perfección el mito del pirata caribeño romántico y estereotipado que trato de refutar. He creído que se trata de un buen y bien conocido ejemplo, -pues está bien documentado para tratarse de la historia pirata- y lo he elegido puesto que encarna esa idea popular, transmitida por la literatura y filmografía, de lo que fue un pirata americano del siglo XVII. Por otro lado, los Hermanos de la Costa simbolizan una auténtica sociedad pirata americana que se desarrolla al margen de toda convención europea, y se encuentran a medio camino entre la figura del cazador bucanero antillano y el temible filibustero caribeño<sup>84</sup>, por lo que suponen una excepcional fuente de estudio de las vicisitudes de estos mal representados aventureros y marinos americanos.

El análisis de esta comunidad pirata resulta aún más interesante al tener en cuenta que nuestra principal fuente para su estudio, la ya citada obra de Alexandre O. Exquemelin, es el relato de un testigo directo y miembro de la propia hermandad. La narración de este cirujano y bucanero de origen francés se recoge en *Piratas de la América*, una obra cautivadora escrita en el contexto de la edad dorada de la piratería y repleta de anécdotas acerca de las vivencias y expediciones del propio autor, pero que también presenta detalladas descripciones sobre el Caribe de la segunda mitad del siglo XVII, la organización y costumbres de los Hermanos de la Costa. Nos habla de las aventuras y peripecias de algunos de los más notorios capitanes bucaneros y filibusteros, como fueron Pierre le Grand, Henry Morgan o el Olonés. Los relatos de Exquemelin contenidos en esta obra fueron increíblemente exitosos ya en su época, -publicada por primera vez en 1678- la cual, como bien explica Antonio Sánchez Jiménez en el prólogo de la versión española actual, extendió rápidamente el interés por la atractiva figura del pirata caribeño, y con ella, la visión popular y el mito romántico que han pervivido en la cultura occidental hasta nuestros días<sup>85</sup>. Por ello, diría que el relato de Exquemelin es al mismo tiempo una importante fuente documental para el estudio del fenómeno pirático, y una de las causas de que se haya difundido una imagen inexacta y a menudo utópica o interesada del pirata americano.

Exquemelin, tras haber llegado al Caribe como *engagé*<sup>86</sup> de una compañía comercial francesa, acabará obteniendo su libertad y, desamparado, se unirá a la cofradía en 1668, experimentando de primera mano la vida del pirata caribeño y participando en numerosas aventuras bajo el mando de diversos capitanes.<sup>87</sup> Gracias a sus experiencias, los relatos de las mismas, y sus detalladas descripciones tanto del Caribe del XVII como de sus protagonistas, tenemos una imagen más o menos precisa de lo que fue esta sociedad pirata.

La Cofradía de los Hermanos de la Costa fue, probablemente, la mayor y más importante comunidad pirata del siglo XVII, que reunió a ladrones de mar de todo tipo -sobre todo bucaneros y filibusteros- para una mejor consecución de sus fines, a saber, lucrarse a costa de las riquezas americanas en detrimento de las colonias españolas. Fue

---

<sup>84</sup> GOSSE (2017), pp. 175-178.

<sup>85</sup> EXQUEMELIN (2013), pp. 9-12.

<sup>86</sup> Véase la definición que doy del término en la página 29.

<sup>87</sup> EXQUEMELIN (2013), p. 102.

una asociación de marinos y oportunistas procedentes principalmente de Francia, Inglaterra y Holanda, que poco a poco fue incorporando diversos forajidos, esclavos huidos, desertores de las guerras de religión, mercenarios desempleados y otros exiliados. A pesar de que la fecha exacta de su creación es desconocida, se suele situar su origen en torno a 1640 en la isla de la Tortuga<sup>88</sup>, la cual, como ya hemos visto, fue uno de los principales enclaves de la actividad de bucaneros y filibusteros. Si bien esta fue su principal base, se establecieron por muchas otras islas de las Antillas, -como lo fue Jamaica- debido a que en ellas no había ningún gobierno ni poder fuerte, pudiendo servir de bases desde las que lanzar sus depredaciones<sup>89</sup>.

Estos piratas de variado origen se consideraban a sí mismos americanos, renegando de sus anteriores nacionalidades, culturas, y reyes, dando lugar a una sociedad de ladrones de mar de lo mas variopinta que conjugaba diversas lenguas, costumbres, religiones y herencias culturales. Los miembros de esta comunidad libre e igualitaria tan solo tenían en común su actividad pirata contra toda nave y asentamiento del Caribe, y si bien no distinguían entre sus víctimas, lo cierto fue que los más comunes fueron los españoles, dado lo extendido de su presencia en el Nuevo Mundo<sup>90</sup>. Esa independencia a la hora de actuar y elegir sus objetivos se vería restringida en cierta medida hacia las últimas décadas del siglo XVII, pues como ya vimos en la periodización, es cuando se extiende el filibusterismo, durante el cual los otrora libres y autónomos piratas-bucaneros fueron «domesticados», entrando al servicio de ingleses o franceses, utilizando sus bases en Jamaica y Tortuga, y por tanto, limitando sus víctimas a los barcos y asentamientos españoles. Esto fue algo que aumentó la seguridad de sus actividades, y también su capacidad militar, pues contaban con cierto respaldo de las potencias europeas y con el cobijo de sus guaridas, pero a cambio perdieron ese libertinaje que desde un primer momento caracterizó a los Hermanos de la Costa.

¿Pero quién podía unirse a la asociación? Pese a su diversidad, fraternidad y trato indiscriminado, hubo dos colectivos que tuvieron prohibida la entrada a la cofradía pirata: las mujeres blancas y los españoles, estos últimos por ser las principales víctimas de los bucaneros, mientras que se pensaba que las mujeres a bordo de un barco pirata podían ser origen de disputas entre los tripulantes. Esto lleva a la cuestión de la mujer pirata, pues si el código pirata estaba aceptado de forma general en el Caribe y supuestamente extendido por la mayoría de tripulaciones que lo navegaban, ¿cómo se explica el éxito de algunas mujeres piratas como fueron Mary Read y Anne Bonney?<sup>91</sup> En cualquier caso, estas discriminaciones plantean la posibilidad de que tal vez, la nacionalidad y los orígenes no fuesen tan irrelevantes para estos piratas como se suele pensar. De igual forma, no podemos entender que todas las embarcaciones piratas compartiesen un mismo modo de actuación, directrices ni costumbres, y si bien compartían ciertos elementos comunes, sobre todo los pertenecientes a esta hermandad, sus normas y modos de actuar fueron muy diversos.

---

<sup>88</sup> FUSTER (2009), p. 36.

<sup>89</sup> REDIKER (2012), p. 30.

<sup>90</sup> EXQUEMELIN (2013), pp. 231-240.

<sup>91</sup> MUSNIK (2008) pp. 29-35.

Pese a estas excepciones, la Confederación de Hermanos de la Costa fue una comunidad de iguales, en la cual se dividían las tareas dependiendo de las capacidades de cada uno: existiendo bucaneros dedicados exclusivamente a la caza de reses y la venta de su carne, otros -los menos atrevidos- al trabajo y cultivo de la tierra, y los más osados a las actividades de contrabando, robo, secuestro y asalto<sup>92</sup>. Todos ellos trabajaban en armonía y con un espíritu fraterno pese a las muchas diferencias que los dividían. Debido a que entrar en la confederación suponía iniciar una nueva vida, era común que adoptasen nuevos nombres o apodos para olvidar todo lo referente a su pasado, como Pata de Palo, Barbanegra, El Mulato<sup>93</sup>, etc., los cuales, por lo llamativo y pintoresco de su naturaleza, han pervivido hasta nuestros días como parte del imaginario colectivo, algo que, sin embargo, era un aspecto funcional muy importante para esta comunidad de criminales, pues permitía olvidar las diferencias de origen, raza, lengua y ocupación anteriores y establecer un nuevo punto de partida, forjando una nueva reputación acorde a sus actos dentro de la hermandad y no dependiente de su pasado.

Así, con la Hermandad de la Costa, se formaría una auténtica república pirata, de carácter libertario e igualitario, dirigida desde un consejo de ancianos y una asamblea de capitanes, que velaban por los intereses de la comunidad. El objetivo de esta asociación no era organizar las actividades de los piratas, sino «garantizar a sus asociados el libre ejercicio independiente de tal profesión»<sup>94</sup>, es decir, permitir la práctica de su actividad libremente y en armonía. Por ello no se hacían exigencias a sus miembros, y no debían pagar contribuciones ni pertenecer a una confesión concreta a pesar de que buena parte de sus miembros practicaban el protestantismo. Sin embargo, existía, como bien retrata Exquemelin<sup>95</sup>, un espíritu de camaradería y fraternidad que llevaba a unos a preocuparse por los otros pese a que no existiese una obligación legal ni una autoridad que la hiciese cumplir. Este sentimiento de solidaridad se veía fortalecido debido a que las naves, botes, pertrechos de asalto e incluso la tierra cultivable eran una propiedad comunal, perteneciente a la organización y pudiendo ser utilizada por cualquier capitán miembro de la cofradía<sup>96</sup>. Al margen de esto, el resto de bienes y el botín obtenido en los saqueos eran propiedad de cada uno, existiendo un sistema bien definido y estricto para el reparto de este último, el cual se decidía antes de iniciar el ataque para evitar posibles malentendidos o conflictos posteriores.

La camaradería que caracterizaba a los miembros de la confederación se veía reforzada por la institución del «matalotaje», que consistía en la tutela por parte de un filibustero miembro de la hermandad de un aprendiz que quisiese unirse. El aspirante pasaba por un periodo de prueba de dos años durante el cual quedaba bajo custodia del pirata veterano, quien le enseñaba el oficio, recibiendo una reducida fracción del botín que correspondería a un miembro pleno. Al finalizar este periodo, si se consideraba que el grumete estaba listo, se presentaba su solicitud al consejo de la hermandad, que

---

<sup>92</sup> RUIZ Y MORALES (2017) p. 110.

<sup>93</sup> LUCENA (2005), p. 174.

<sup>94</sup> LUCENA (2005), p. 172.

<sup>95</sup> EXQUEMELIN (2013), pp. 140-143.

<sup>96</sup> LUCENA (2005), p. 173.

ratificaba su unión<sup>97</sup>. Era habitual que estos aspirantes fuesen, al igual que el propio Exquemelin, antiguos *engagés*, esto es, individuos obligados mediante contrato al servicio de una compañía comercial por una duración estipulada. Estos, al terminar su contrato de *engagement* o al comprar su libertad, se veían abandonados en las colonias, y acostumbrados a la vida en el mar, muchos se unían a tripulaciones piratas en busca de fortuna.<sup>98</sup>

La libertad, al margen de cualquier autoridad, era una de las principales características de los Hermanos de la Costa, pero ello no quiere decir que no existiesen códigos de conducta. De hecho uno de los elementos que más fama han dado a esta asociación de forajidos marítimos es el código pirata. La cofradía se dota a sí misma de un código de comportamiento que, si bien no tenía un carácter de ley, era de esperado cumplimiento por los capitanes de la hermandad, existiendo severos castigos para los infractores. Como es habitual en la historia de la piratería, no hay constancia escrita de este documento, y probablemente se trató de una tradición oral, por lo que la interpretación de cada capitán del código podía ser muy diferente. Teniendo en cuenta que la actividad pirata tenía como principal objetivo la obtención de riquezas, no es de extrañar que la mayor parte de las regulaciones de este código girasen en torno al botín y su reparto<sup>99</sup>. Correspondientemente, su principal y más sencilla norma era la siguiente: «Sin botín, no hay paga».

De acuerdo con ese talante fraternal que les caracterizaba, los miembros de la Hermandad de la Costa destinaban una cantidad fija del botín a aquellos socios que durante algún ataque hubiesen salido lesionados, fijando indemnizaciones para los mutilados equivalentes al valor de aquello que hubiesen perdido, por ejemplo: «Por la pérdida del brazo derecho, 600 pesos o seis esclavos», «Por la pérdida de un ojo, 100 pesos o un esclavo», «Por la pérdida de la pierna izquierda, 400 pesos o cuatro esclavos»<sup>100</sup>, etc. Según este código pirata, el botín debía ser repartido de forma igualitaria y justa -dependiendo de la función desempeñada por cada asociado- y bajo ningún concepto debía esconderse parte del botín para ganancia personal, sino que al final de los asaltos, todo debía ponerse en común para proceder al reparto tal y como estipulaba su costumbre: «Capitán, cinco o seis partes; piloto, dos partes; otros oficiales, según su participación; marineros, una parte; grumetes, media parte»<sup>101</sup>. Es decir, se repartía igualitariamente entre todos con excepción de aquellos que tenían una tarea de mayor responsabilidad o que entrañaba un mayor valor. Exquemelin hace muchas referencias en su relato a ese carácter comunitario y solidario de la hermandad, y en cuanto al tema del botín, explica:

Tienen entre si tales ordenes que en las presas de navíos defienden con rigor el no usurpar nada que se sea en su particular. Así, reparten todo lo que hallan igualmente; de tal suerte es que hacen juramento solemne de no esconder la menor alhaja. Si después de esto cogen a

<sup>97</sup> LUCENA (2005), pp. 173-174.

<sup>98</sup> EXQUEMELIN (2013), p. 134.

<sup>99</sup> EXQUEMELIN (2013), pp. 141-142.

<sup>100</sup> EXQUEMELIN (2013), p. 142.

<sup>101</sup> ABELLA (1998), p. 104.

alguno en infidelidad y contra el juramento, inmediatamente es desechado y separado de entre la congregación. Estas gentes son muy civiles entre ellos mismos, de suerte que, si a alguno le falta algo de lo que otro tiene, con galantería le hace partícipe al otro.<sup>102</sup>

Ciertamente, se trata de un código original que muestra la importancia que tienen los lazos afectivos y la solidaridad en un grupo de descastados, prófugos y exiliados dedicados al crimen marítimo. La cooperación y la fraternidad son imprescindibles para estos individuos rechazados por toda nación y sociedad, necesitan crear una fuerte comunidad puesto que aislados no podrían prosperar. Sin embargo, considero que no se debe confundir el altruismo solidario que muestran estos aspectos del relato de Exquemelin con una bondad o generosidad inherente a estos piratas. Conviene evitar las ideas extendidas por el impreciso imaginario popular, que retrata a los piratas caribeños como individuos benévolos y humanitarios que robaban al malvado rico para repartir sus inmerecidos bienes entre los pobres, y cuyas fechorías tenían como fin ayudar a sus semejantes.

La realidad es que se trató de un sistema que permitió el correcto funcionamiento de una actividad criminal entre los miembros de una sociedad de malhechores y forajidos, y pese a su originalidad, tan solo tuvo como objetivo hacer de la actividad pirata un proceso más eficiente evitando conflictos internos que pudiesen entorpecer la obtención de botín. Es decir, ese código pirata, por ideal que se haya tratado de representar en la literatura romántica o el cine actual, se reduce a hacer más eficiente la obtención y reparto del botín para evitar problemas internos que puedan perjudicar sus actividades criminales. Lo que propició la generalización de estas directrices entre tantas tripulaciones del Caribe no fue su carácter moralizante, sino su éxito, esto es, fueron muy efectivas para la práctica pirática. No hay normas, por ejemplo, que regulen el trato que se debe dar a los enemigos heridos, los capturados, ni en qué gastar el botín una vez obtenido, y si bien existe una preocupación por los miembros de la hermandad, no hay ninguna consideración hacia las víctimas. No debe suponerse la existencia de un código de honor de piratas que los dotase de una moralidad, se trataba, simplemente, de una forma de regular sus actos, los cuales seguían siendo crueles e inclementes para con los perjudicados, algo que el propio Exquemelin no trata de ocultar, sino que expone con toda crudeza. En relación con esto, hay otro fragmento de su obra que me interesa comentar:

Cuando los piratas han hecho presa de navíos, la primera cosa que ejecutan es poner en tierra (la más cómoda que hallan) los prisioneros, reservándose algunos para su servicio y ayuda, a los cuales, pasados dos o tres años, les dan libertad<sup>103</sup>

Aquí el autor ensalza el altruismo y la bondad de sus compañeros a la hora de tratar a los prisioneros que toman en sus atracos, a los cuales dan la libertad en cuanto les es posible -siempre que no los necesiten para su propio beneficio, claro- o tras varios años de servidumbre en el caso de los más desafortunados. No se deduce de esta conducta la

---

<sup>102</sup> EXQUEMELIN (2013), p. 142.

<sup>103</sup> EXQUEMELIN (2013), p. 143.

benevolencia de estos bucaneros y filibusteros, más aun si tenemos en cuenta que muchos de ellos eran antiguos esclavos y siervos fugados. No intento hacer con esto un juicio moral de las acciones del mundo pirata, que por su propia naturaleza, eran coherentes con el contexto que las producía, pero sí creo conveniente advertir contra el discurso -ya sea popular, romántico o nacionalista- que las justifica o incluso las aplaude. Además, como digo, el propio Exquemelin es plenamente consciente de la crueldad que impregna los actos de los diferentes capitanes piratas bajo los que sirve, y los retrata fielmente, sin legitimarlos ni mucho menos alabarlos. Capitanes como El Olonés, o Morgan son descritos como especialmente salvajes, dirigiendo sus inclementes ataques contra los españoles, hacia quienes tenían un especial odio<sup>104</sup>. En general, los actos de los filibusteros hacia sus víctimas se alejan mucho de la idealización bajo la que a menudo se les piensa:

Su norma era no hacer prisioneros, salvo aquellos siervos blancos que podían convertirse en esclavos otorgados en recompensa por las mutilaciones. Sus métodos para deshacerse de los prisioneros eran variados: azotarlos hasta la extenuación, embadurnarlos de miel y dejarlos abandonados en la selva, donde los insectos harían el resto. Otras veces se les colgaba por las extremidades y ante su rostro se hacía arder una hoja de palma untada en aceite.<sup>105</sup>

El mito del pirata no solo se limita a la exaltación de su figura como héroe de novela, sino que unido a ese enardecimiento romántico que podría extraerse del relato de Exquemelin, ha existido tradicionalmente un discurso de carácter patriótico que exculpa la actividad pirata y corsaria, justificándola debido a que está dirigida, principalmente, contra el «vil imperio español». Esta retórica nacionalista, muy en boga con la leyenda negra antihispánica, busca dar justificaciones de los actos de bucaneros y filibusteros, y en general de la actividad pirata caribeña contra los españoles, bajo el pretexto de que estos son unos maltratadores de indios, y que además, abrazan y extienden una confesión herética, la católica.

Es decir, para legitimar los actos criminales de los filibusteros, se hace una demonización del enemigo español, al que se caracteriza como cruel, débil, retrógrado e intolerante. Mientras, se enfatiza el aspecto positivo de los bucaneros: su heroicidad, la temeridad de sus actos, la valentía y su destreza en el mar.<sup>106</sup> Todo ello lleva a pensar que la consideración que se tiene sobre el pirata depende de la perspectiva nacionalista de quien hace el juicio, de igual manera que decíamos anteriormente que Hawkins era un criminal de la peor calaña para los españoles y al mismo tiempo un héroe nacional en Inglaterra. Esto es más patente en los corsarios, pero también sucede con el resto de clases de pirata americano, en que los enemigos de la corona española, sobre todo ingleses, holandeses y franceses exaltan la heroicidad y las gestas de los filibusteros contra los infames españoles reconociendo sus actos -que en todo caso son de un bandidaje marítimo- como un favor a sus respectivas patrias.

---

<sup>104</sup> EXQUEMELIN (2013), pp. 161-170.

<sup>105</sup> ABELLA (1998), p. 106.

<sup>106</sup> EXQUEMELIN (2013), pp. 9-15.

Esto puede verse en la introducción a *Piratas de la América* que hace el editor holandés Ten Hoorn, quien, en honor al relato del propio Exquemelin, muestra los aspectos positivos o encomiables de los bucaneros-filibusteros al mismo tiempo que los negativos, como su innegable crueldad contra los españoles que habitaban el Caribe. Sin embargo, los compara a héroes de la antigüedad clásica griega, ensalzando sus proezas militares y navales antes que sus faltas, y suaviza sus inclementes actos aduciendo que los españoles, en cierta medida, se lo merecen. De alguna forma, esta visión viene a legitimar las acciones piráticas contra España por la crueldad con que esta acometió la conquista y colonización de América desde la llegada de Colón. Muchos piratas europeos, convertidos en bucaneros o filibusteros justificaban sus truculentos actos bajo la premisa de que estaban vengando las atrocidades cometidas por los retrógrados españoles contra los nativos americanos, como el caso del bucanero y noble francés Monbars *l'Exterminateur*.<sup>107</sup>

Todo ello permite a ingleses, franceses y holandeses -por ser quienes más emplean los servicios de filibusteros y corsarios- elevar al rango de héroes nacionales a individuos que de otra forma habrían sido tildados de criminales, por muy habilidosos y osados que fuesen. Al fin y al cabo, la burguesía holandesa e inglesa se veían muy beneficiadas por los actos de estos piratas, ya fuesen violentos, o de contrabando, por lo que, para justificar los actos de estos, se convencían de que estaban vengando a los indios, y además extendiendo la verdadera religión entre estos.<sup>108</sup> Otro ejemplo de ello fueron los gobernadores ingleses de Port Royal en Jamaica, quienes solían mostrarse bastante laxos, si no favorables, a las acciones de bucaneros y filibusteros contra españoles, debido a que buena parte de sus ingresos procedían de las actividades de aquellos, y además funcionaban como una protección extraoficial para la colonia, por lo que naturalmente ensalzaron el espíritu pirata y el servicio patriótico de estos bandidos de mar.<sup>109</sup> En definitiva, las potencias europeas, enemistadas con España, buscaban justificar a aquellos que trabajaban a su servicio, pues «en realidad, los bucaneros prestaban servicios como autónomos a los que no hacía falta reconocer como empleados propios»<sup>110</sup>. Y es que «los piratas, con todas sus variantes, fueron en definitiva un instrumento de la dominación franco-británica»<sup>111</sup>, que tan solo desaparecería cuando dejaran de ser útiles a los intereses de estas potencias, esto es, cuando en el siglo XVIII se hizo necesario mantener un control estricto del comercio colonial. Ello permite entender la creación de un discurso nacionalista que exculpa y proclama héroes de la patria a estos piratas que, en última instancia, servían a los intereses de tales Estados.

A mi parecer, esta es una racionalización no exclusiva del fenómeno de la piratería, ni tampoco del mundo anglosajón, pues ha sido utilizada por todas las naciones con un pasado de conquistas coloniales, que por su carácter polémico, exigen la creación de una retorica nacional que justifique las acciones del propio país para reafirmar lo

---

<sup>107</sup> EXQUEMELIN (2013), pp.13.

<sup>108</sup> EXQUEMELIN (2013), p. 14.

<sup>109</sup> ROBERTSON (2010), pp. 24-27.

<sup>110</sup> ROBERTSON (2010), p. 25.

<sup>111</sup> LUCENA (2005), p. 307.



benévolo de su pasado, y con este, de su propia identidad. Nada más lejos de mi intención está el dispersarme y hablar aquí sobre la leyenda negra o el discurso anti-hispánico que se extendió desde estos siglos, pero sí me interesaba mostrar el origen de algunas de estas ideas preconcebidas que afectan a la concepción histórica de las actividades piráticas.

Volviendo a la obra de Exquemelin, que al margen de las diversas ediciones, introducciones y comentarios que la acompañan, no resulta interesada -pese a su carácter claramente subjetivo- retrata con relativa fidelidad a ladrones de mar como Henry Morgan, reconociendo sus méritos individuales y hazañas militares, pero sin obviar la crueldad ni la inclemencia de sus actos. De esta forma se transmite una imagen atractiva del filibustero, que seduce al lector por su intrepidez, pero por otro lado, no confunde lo que fue una sociedad de bandidos de mar con una de héroes, ni trata de dar otro móvil a sus actos que el de enriquecerse a costa de bienes ajenos, alejándose de cualquier pretendida heroicidad.

El relato de Exquemelin muestra un buen contraste entre la audacia de los bucaneros y la crueldad de sus actos, transmitiendo una imagen atractiva a la vez que honesta, algo elogiabile, habida cuenta que él mismo participó o al menos fue testigo directo de muchos de los hechos que condena. Así, como decía al inicio, se hace evidente que lo excepcional de la obra de Exquemelin es su dualidad, pues supone una importantísima fuente de información para el estudio del fenómeno pirático y al mismo tiempo da una imagen seductora de la vida del pirata, llena de emoción y casi novelesca que favorece la exaltación de la figura de estos aventureros marinos.

En cualquier caso, el fin de esta idealizada república de piratas, caracterizada por la hermandad, la igualdad y la libertad, vendría dado por el contexto de gran conflictividad europea de finales del XVII, sobre todo con el inicio de la guerra de los Nueve Años en 1688. Conforme se acercaba esta fecha, los filibusteros fueron ganando fuerza, actuando sobre un área cada vez mayor y atacando presas más importantes, pasando de asaltar a vulnerables o aisladas embarcaciones a atacar puertos y ciudades. De tal forma que se convierten en un problema acuciante, y pasan a desempeñar un «papel principal en el teatro de la historia antillana»<sup>112</sup>. Habiendo advertido la relevancia que cobraron estos filibusteros, franceses, holandeses e ingleses hicieron de aquellos instrumentos al servicio de sus intenciones. De esta forma, se hace patente la influencia que tuvo la piratería americana en el devenir de los principales acontecimientos modernos, pues participaron directamente como herramientas de las potencias europeas en sus querellas por la hegemonía.

En estos momentos, que como vemos, coinciden con la evolución del bucanero hacia el filibustero, los Hermanos de la Costa, habiendo ganado poder y respaldos, abandonan poco a poco sus prácticas solidarias y el sentimiento comunitario que los caracterizaba, perdiendo así su icónica autonomía al ponerse al servicio de las diferentes potencias

---

<sup>112</sup> RUIZ Y MORALES (2017), p. 111.

europeas.<sup>113</sup> Una vez más, es el contexto general de los siglos modernos el que determina el devenir del fenómeno pirático: habiendo establecido las condiciones para que surgiese el independiente bucanero antillano, como también habiendo propiciado su final con la llegada del filibusterismo, vinculado ya a los enfrentamientos europeos. En definitiva, la Hermandad de la Costa, al igual que el fenómeno de la piratería atlántica en general, es producto de los procesos históricos que atraviesan la modernidad.

### Conclusión

A lo largo de este sintético recorrido por la historia de la piratería atlántica, he dado a conocer los aspectos esenciales que permiten comprender la realidad histórica de esta estirpe de aventureros y marinos que, durante gran parte de la Edad Moderna, dominaron los mares y océanos del Nuevo Mundo, disputando a las principales potencias europeas la abundante riqueza que este ofrecía. En un intento de mostrar la verdad escondida tras la leyenda y el mito que la acompaña, he expuesto las causas del nacimiento de la piratería y las razones que explican su apogeo; he presentado el contexto que envuelve y da nacimiento a la actividad pirática, así como he mostrado una periodización que permite situar a sus protagonistas en su coyuntura propia, conectando siempre con los procesos históricos europeos. Además, he realizado una tipología y delimitación del impreciso concepto de pirata, esclareciendo la idiosincrasia de todas sus variantes. Por último, he analizado e interpretado el caso específico de los Hermanos de la Costa tal y como aparece retratado en el relato de Alexandre O. Exquemelin, por ser un ejemplo que exhibe a la perfección la indefinida y a menudo equivocada visión del pirata caribeño.

Con todo ello, he querido probar que el fenómeno pirático que prospera en estos siglos no puede ser entendido fuera del marco histórico que lo comprende: la actividad de piratas y corsarios debe estudiarse dentro y a partir del contexto global que la produce. Considero que ha quedado claro que la piratería americana, en su singularidad, nace y florece como consecuencia de los procesos que atraviesan la modernidad, y como la promesa de riquezas del Nuevo Mundo, el monopolio de las mismas por España, y los conflictos europeos proyectados hacia el exterior, permiten entender la idiosincrasia del fenómeno y el calado que esta etapa de la piratería ha tenido en la mentalidad popular, convirtiéndose en uno de los tópicos favoritos de la literatura romántica que los idealizó.

He mostrado también el impacto que el fenómeno pirático tuvo en los procesos históricos, y es que en esta edad dorada, la piratería alcanza su momento de máximo apogeo, posicionándose como una de las piezas más importantes del tablero político internacional al aterrorizar el Caribe y desestabilizar, entre otras naciones, al imperio español, logrando interferir las rutas comerciales entre las potencias europeas y sus posesiones americanas. E incluso, en el caso de corsarios y filibusteros, funcionaron como agentes clave para la resolución de los principales conflictos entre europeos. Por

---

<sup>113</sup> LUCENA (2005), pp. 255-259.

tanto, la piratería tuvo un gran peso tanto en el desarrollo de las redes comerciales como de las relaciones internacionales, dos aspectos cruciales de la historia moderna.

La piratería americana, que murió cuando dejó de ser útil para las potencias que desde un principio la habían sustentado, ha pervivido con fuerza en la mentalidad colectiva como símbolo de toda una época. Sin embargo, la del pirata es una imagen distorsionada por la literatura, la filmografía, el ideario popular e incluso cierta retórica nacionalista que impregna algunos discursos desfasados, y que ha llevado a una estigmatización del estudio del pirata americano, que de por sí ya resulta complejo habida cuenta de las dificultades documentales existentes.

Esta percepción adulterada del pirata, hemos visto, se ancla en estereotipos que a menudo dependen de la perspectiva que se tome para juzgarlos: la visión representada por aquel que bien se beneficia de los actos del pirata y quiere calmar su conciencia por ello, o bien encuentra en su figura el perfecto protagonista de su novela romántica o su película de aventuras. El arquetipo del pirata como héroe romántico, que se echa a los mares bien para combatir las injusticias que los viles españoles cometen contra los inocentes nativos americanos, bien para alejarse de la corrupta sociedad europea, o bien incluso para reivindicar la verdadera religión y luchar contra el hereje o defender los intereses de la patria, convirtiéndose en héroe nacional. Además, todos sus actos son altruistas, pues aquello que roba está destinado a los más pobres, y su legítimo dueño, rico y corrupto, ni lo merecía ni lo echará en falta. Incluso sus ataques y saqueos quedan justificados puesto que se dirigen contra piratas infames o gentes retrógradas y viles como los españoles. También el opuesto, habitualmente creado por la perspectiva de la víctima: es el del pirata como un sádico y perverso asesino, motivado únicamente por su deseo de perjudicar a los justos, que procede de la calaña más baja y tan solo busca alterar el orden, actuando como un agente del caos contra los legítimos y nobles imperios.

En conclusión, y como vengo diciendo desde el inicio del trabajo, a pesar de toda la fascinación, idealización y pretendida heroicidad que rodea la figura del pirata, se trató, en esencia, de mercenarios, forajidos y proscritos que se valieron de cualquier medio para la consecución de sus fines o los de sus empleadores. Quiero pensar que, a lo largo de estos epígrafes, he contribuido a dotar de precisión a la difusa y mal representada imagen del pirata americano, presentarlo como un producto de su contexto, y al mismo tiempo, rechazar los estereotipos bajo los que frecuentemente se piensa.

## 6. Bibliografía

ABELLA, Rafael, *Los halcones del mar: la gran aventura de la piratería*, Martínez Roca, Barcelona, 1998.

ABELLA, Rafael, *Los piratas del Nuevo Mundo*, Planeta, Barcelona, 1989.

ALONSO GARCÍA, David, *Mercados y mercaderes en los siglos XVI y XVII. Una Historia Global*, Síntesis, Madrid, 2016.

AZCÁRRAGA Y BUSTAMANTE, Jose Luis. *El corso marítimo: concepto, justificación e historia*, Instituto Francisco de Vitoria, Madrid, 1950.

BURBANK, Jane y COOPER, Frederick, *Imperios: una nueva visión de la Historia universal*, Crítica, Barcelona, 2011.

CABEZOS ALMENAR, Francisco, «Piratería y corso en La Española: 1550-1650», *Naveg@merica, Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas*, 16, 2016.

CIPOLLA, Carlo M, *Cañones y velas. Las bases del predominio europeo en el mundo. (1400-1700)*, Ariel, Barcelona 1967.

CIPOLLA, Carlo M, *La odisea de la plata española: historia, piratas y mercaderes*, Crítica, Barcelona, 1999.

CORDINGLY, DAVID, *Bajo bandera negra*, Edhasa, Barcelona, 2005.

CRESPO, Ana, *Mercaderes atlánticos: redes del comercio flamenco y holandés entre Europa y el Caribe*, Universidad de Córdoba, Córdoba, 2009.

CRESPO MACLENNAN, Julio, *Imperios: auge y declive de Europa en el mundo, 1492-2012*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014.

ELLIOTT, John H., *España y su mundo*. Taurus, Barcelona, 2018.

EXQUEMELIN, Alexander, *Piratas de América*, Renacimiento, Sevilla, 2013.

FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia moderna universal*. Ariel, Barcelona, 2018.

FUSTER, Bernardo, *Piratería Libertaria en el Caribe: Los Hermanos de la Costa*, El Garaje, Madrid, 2009.

GOSSE, Philip *Historia de la piratería*, Renacimiento, Sevilla, 2017.

MALAMUD, Carlos, *Historia de América*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.

MCNEILL, J.R., y MCNEILL, William H., *Las redes humanas: una historia global del mundo*, Crítica, Barcelona, 2004.

JÁRMY CHAPA, Martha, *Un eslabón perdido en la historia, Piratería en el Caribe, Siglos XVI y XVII*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1983.

LINEBAUGH, P., y REDIKER, M. *La Hidra de la Revolución*, Crítica, Barcelona 2005.

- LUCENA, Manuel, *Piratas, corsarios, bucaneros y filibusteros*, Síntesis, Madrid, 2005.
- MOREAU, Jean-Pierre, *Piratas: filibusterismo y piratería en el Caribe y en los Mares del Sur*, Antonio Machado, Madrid, 2011.
- MUSNIK, Henry, *Mujeres Piratas*, Renacimiento, Sevilla, 2008.
- ONTIVEROS, D.Y. «Historia de la piratería: consideración de sus aportes en la búsqueda de los ladrones del mar», *Fuentes Humanísticas*. 20, 15-27, 2008.
- ORTEGA y MEDINA, Juan A., *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (siglos XVI y XVII)*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1994.
- OTERO LANA, *Los corsarios españoles durante la decadencia de los Austrias: El corso español del Atlántico peninsular en el siglo XVII (1621 – 1697)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1999.
- OTERO LANA, Enrique. *La piratería y el corso en Flandes y el Cantábrico*, Instituto de Historia y Cultura Naval, Madrid, 2004.
- OTERO LANA, Enrique. «El corso del Flandes español como factor de guerra económica», *Studia historia*, 27, 111-133, 2005.
- PARKER, Geoffrey, *El siglo maldito. Clima, guerras y catástrofes en el siglo XVII*, Planeta, Barcelona, 2013.
- REDIKER, Marcus *Villains of All Nations: Atlantic Pirates in the Golden Age*, Verso, Londres, 2012.
- ROBERTSON, Stuart, *La vida de los piratas. Contada por ellos mismos, por sus víctimas y por sus perseguidores*, Crítica, Barcelona, 2010.
- RODRÍGUEZ GONZALEZ, Agustín. *Corsarios Españoles*, EDAF, Madrid, 2020.
- RUIZ, Helena y MORALES, F. *Piratería en el Caribe*, Renacimiento, Sevilla, 2017.
- TENENTI, Alberto, *La Edad Moderna, Siglos XVI-XVIII*, Crítica, Barcelona, 2011.
- WALLERSTEIN, Immanuel, *El moderno sistema mundial I*, Siglo XXI, Madrid, 2016.
- YUN CASALILLA, Bartolomé, *Historia Global, historia transnacional e historia de los imperios: El Atlántico, América y Europa*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2019.
- ZAMBRANO PÉREZ, Milton. «Piratas, piratería y comercio ilícito en el Caribe: la visión del otro (1550-1650)», *Historia Caribe*, 12, 23-56, 2007.